

vaba el optimismo y la confianza en cuanto a las posibilidades de reconstruir el mundo occidental. La "sociología de Chicago", que floreció en el Medio Oeste desde comienzos de siglo, produjo un sinnúmero de estudios empíricos orientados hacia el control liberal y la reforma del conflicto social.

Aun así, la sociología norteamericana de entreguerra, aunque más afianzada que la europea, también sufrió perturbaciones. La sociología norteamericana en general, y la sociología de Chicago en particular, eran peligrosamente, ateorica, y profundamente empiristas. Sufrieron la influencia de las teorías "instintivistas", los vestigios del darwinismo social y las formas individualistas de pragmatismo, y adolecían de una tendencia anti-teórica que obstaculizaba la creación de una teoría sociológica sistemática.

A fines de la década de 1930, la situación de la sociología era la siguiente: por una parte, tradiciones teóricas sin nación; por la otra, una nación sin teoría. Esta paradoja permitió el surgimiento de Talcott Parsons, la figura que a mi juicio creó el marco para el debate contemporáneo.

El legado teórico del pensamiento clásico y la situación institucional y cultural del primer tercio del siglo veinte brindan el marco temporal y espacial para el surgimiento de Parsons como figura relevante. Como teórico, le interesaba reconstruir la sociología europea brindando una síntesis que eliminara las escuelas conflictivas que la habían dividido. Como norteamericano, confiaba en que así encontraría una senda para devolver la razón a la cultura y el control individual a la sociedad. El hecho de que no haya logrado del todo ninguna de ambas cosas no disminuye la grandeza de su esfuerzo, aunque por cierto explica el éxito de los movimientos "antiparsonianos" que eventualmente le sucedieron.

La primera síntesis de Parsons

(La estructura de la acción social)

En 1937 se publicó un libro extraordinario. Aunque pasó casi inadvertido en su época, llegaría a convertirse en la publicación más importante e influyente de un sociólogo desde la aparición de *Economía y sociedad* de Weber a mediados de la década de 1920. Este libro era *La estructura de la acción social*.¹

Aunque Parsons se describió una vez como un teórico "incurable", hay que entender la ambición ideológica y social de su primera gran obra. En las primeras páginas de *Estructura* Parsons señala que sabe muy bien que su esfuerzo intelectual para elaborar un nuevo sistema de teoría abstracta forma parte de la intensa crisis social de sus tiempos. Presenta la obra sugiriendo un dilema crítico. La sociedad occidental deposita una gran fe en la integridad del individuo y en su capacidad para el raciocinio, pero ambos objetos de esta fe tradicional han sufrido un duro revés durante los acontecimientos de la entreguerra. Aunque Parsons reconoce que hay obvias razones sociales para esta amenaza al individualismo y la racionalidad, está escribiendo una obra teórica, y atribuye parte de la crisis contemporánea a desarrollos intelectuales internos. Al menos en parte, la simplista ideología del progreso y la evolución ha vuelto vulnerables ciertas ideas caras a la sociedad occidental. Esta ideología refleja el anticuado liberalismo decimonónico que, a juicio de Parsons, permanece omnipresente en el mundo anglófono. Identifica esta ideología con la teoría del capitalismo *laissez-faire*, y en otra parte la denomina la teoría de la civilización de los negocios; insiste en que la teoría *laissez-faire* (iniciada por Adam Smith) otorga un papel al bien colectivo y niega la posibilidad de la autoexpresión ética y emocional. En otras palabras, se trata no sólo de una ideología simplista sino de una teoría simplista.

La teoría liberal clásica supone que si los individuos se limitan a actuar naturalmente serán racionales, y que si sirven a sus intereses egoístas como individuos la sociedad será "automáticamente" estable y se satisfarán todas las necesidades individuales. Parsons llama a esto un "mecanismo de autorregulación automática". Pero, señala, es manifiesto que esta autorregulación automática no se ha producido. El Occidente de la década de 1930 estaba sumido en un estado de conflicto rojano en el caos. La autonomía

¹ Talcott Parsons, *The Structure of Social Action* (Nueva York: Free Press, 1937).

del individuo era cuestionada desde la derecha y la izquierda políticas, y la supremacía de la razón era blanco de crecientes ataques: "diversas clases de individualismo han sufrido un bombardeo cada vez más intenso [y] el papel de la razón, y el prestigio del conocimiento científico ... han sido atacados una y otra vez". Desde la derecha la amenaza era el nazismo — "nos han abrumado con una marejada de teorías antiintelectualistas"— y desde la izquierda era el comunismo ("toda clase de teorías socializantes, colectivistas, orgánicas").² Parsons sugiere que estas tradiciones colectivistas de la izquierda y la derecha constituían una rebelión contra las flaquezas de la ideología y la teoría liberales. Para salvar la integridad del individuo, y sostener la capacidad de la razón, era preciso modificar la teoría liberal. Esta ambición inspiró a Parsons su famoso libro. Revivir y reformular la ideología liberal era la gran exhortación moral de la cual nació su nueva teoría.

El enemigo de Parsons es la teoría liberal decimonónica, no sólo la ideología que se correspondía con ella. Llama "utilitarismo" a este sistema teórico. Según Parsons, el utilitarismo, una teoría individualista y racionalista hasta la médula, es omnipresente en el pensamiento social occidental. Añadiré que hay claras razones sociales para explicar esta omnipresencia. En una sociedad más o menos moderna y diferenciada, la individualidad y la racionalidad se corresponden con el sentido común de la vida cotidiana. También se corresponden con los intereses de las clases medias en crecimiento y con las esperanzas ideológicas de los hombres y mujeres occidentales en general. Pero el sentido común y la ideología no deberían definir la teoría social. Más aun, Parsons entiende que hay que separarlos claramente. Para comprender su propósito, tenemos que examinar con cierto detalle el "marco de referencia" técnico que él desarrolla para criticar el utilitarismo y sobre el cual construye su propuesta alternativa.

En el centro de esta propuesta alternativa está lo que Parsons describe como "acto unidad". Alude a un actor hipotético en una situación hipotética, un modelo que consiste en esfuerzo, finalidades o metas, condiciones, medios y normas. Cada persona, según este modelo, tiene la capacidad de ser agente: las personas actúan, tienen propósitos, manifiestan voluntad. Con esta idea de "agencia", o de lo que Parsons denomina "esfuerzo", Parsons garantiza que cada actor tenga libre albedrío, que el libre albedrío forme parte indispensable de cada teoría. Pero luego pasa a afirmar que los individuos no pueden alcanzar sus metas automáticamente, es decir, como simple manifestación de su esfuerzo. Los actos se producen dentro de "situaciones", realidades que en cierto sentido están fuera del control de un actor. La situación alude a elementos materiales que restringen la agencia. Como se ejerce esfuerzo, algunos de estos elementos situacionales restrictivos se pueden combatir y someter al propósito del actor. Se transforman en los "medios" para la acción. Pero algunas de estas restricciones son inalterables: se convierten en las "condiciones" de la acción. Hay que explicar un elemento más vital: las normas. Decir que la acción es normativa equivale a

² *Structure*, pág. 5.

que implica interpretación que los actores vuelcan su juicio subjetivo en la acción y situación. La interpretación requiere pautas según las cuales la situación se puede juzgar y la acción se puede relacionar. Estas pautas son normas. Cada persecución de finalidades está guiada por consideraciones normativas, por pautas y expectativas ideales que guían la interpretación y la agencia. El esfuerzo siempre se expresa mediante la persecución normativa de fines.

Podemos decir, pues, que el acto unidad tiene componentes subjetivos y objetivos. Los fines, el esfuerzo y las normas son elementos subjetivos, mientras que las condiciones y los medios son objetivos. Parsons sostiene que toda acción supone tensión entre normas y condiciones, entre componentes subjetivos y objetivos. Es obvio que Parsons inventó este modelo para incluir elementos de cada una de las tradiciones parciales que lo precedieron. Las tradiciones idealistas se concentran en las normas si son colectivistas, en el esfuerzo si son individualistas. Las tradiciones materialistas se concentran en las condiciones si son colectivistas, en los medios si son individualistas. El modelo del acto unidad de Parsons está diseñado para incluir cada uno de estos énfasis sin sucumbir a ninguno de sus intereses unilaterales.

Cada una de estas tradiciones históricas parciales y unilaterales define los elementos abstractos del acto unidad de manera específica y concreta. El utilitarismo, por ejemplo, insiste en que las normas que guían la acción exigen absoluta racionalidad y eficacia. A causa de esta insistencia, las condiciones externas de la acción cobran mayor relevancia teórica. No podemos "calcular" los valores subjetivos para ver si son "eficaces"; tales compromisos se aceptan por razones no racionales o irracionales, o no se aceptan. Los únicos elementos ante los cuales un actor puede adoptar una actitud puramente racional y calculadora son los elementos normativos de su ámbito material de acción o, posiblemente, los elementos en los cuales ya no cree pero que están respaldados por amenazas de sanción material. Al entender que un actor se guía sólo por la norma de la eficiencia racional, pues, el utilitarismo supone que los actores están orientados sólo hacia la adaptación ante las condiciones externas. Si un teórico cree que esto es verdad, el aspecto subjetivo de la acción deja de interesarle, y el análisis de los motivos queda excluido de su teoría.

Para Parsons, el ejemplo prototípico del pensamiento utilitarista es la teoría económica clásica, que retrata al actor económico como motivado sólo por el precio más bajo. Si un bien resulta demasiado caro, este actor economiza y no lo compra. Parsons insiste en que no siempre es así, que siempre intervienen otros factores además del gasto o la utilidad. A su juicio, el enfoque utilitarista simplifica radicalmente la acción. Pero las implicaciones realmente negativas de la perspectiva utilitarista de la acción se revelan a la luz de su enfoque del orden. Parsons creía que el individualismo de la teoría liberal decimonónica lo volvía muy inestable. El individualismo sugiere atomismo, y este atomismo vuelve aleatorio e imprevisible el orden social. ¿Pero qué hacer si la teoría liberal desea superar el individualismo, como debe hacerlo, por ejemplo, si desea explicar el colapso del orden social? Si

desea mantener el marco de la acción instrumental, tal teorización desde la perspectiva se debe volver antivoluntarista. ¿Por qué? Las razones se pueden hallar en la insistencia de Parsons en los efectos objetivistas de todo enfoque puramente racionalista de la acción. Como el actor "racional" está orientado solamente hacia la situación, toda referencia a su subjetividad queda excluida. ¿Qué ocurre si estas acciones se suman para formar un orden colectivo? Si no consideramos que la acción supone agencia y esfuerzo subjetivos, la única fuente posible del orden es externa: una estructura condicional. Dicha estructura colectiva puede coordinar a los individuos sólo mediante la coerción o la recompensa.

En nuestro ejemplo económico, las acciones de los actores individuales son controladas por un mercado sobre el que nadie tiene control. En la teoría marxista, se entiende que este mercado es controlado por la distribución de la riqueza y la propiedad. Cuando un teórico analiza un mercado en términos utilitaristas, conceptos tales como intención, esfuerzo y pautas interpretativas resultan innecesarios. Se supone que basta una ojeada a los precios de los bienes y la oferta y demanda colectivas para predecir la reacción de los individuos. La teoría marxista presenta la misma estrechez conceptual, sólo que aquí la evolución objetiva del modo de producción determina el conflicto de clases y el cambio. Parsons reconoce que el énfasis en las condiciones materiales no es el único modo en que el utilitarismo ha procurado escapar de las consecuencias aleatorias del individualismo. Esta tradición también ha elaborado una teoría de los instintos determinados, la cual sostiene que los actos individuales no son coordinados por decisiones individuales sino por órdenes biológicas codificadas genéticamente.

Parsons cree que esta eliminación del voluntarismo mediante la versión colectiva de la teoría utilitarista crea el "dilema utilitarista". Si el utilitarismo desea mantener la subjetividad y la libertad, tiene que permanecer individualista. Si desea explicar el orden de manera más positiva, tiene que eliminar la agencia y volver a enfatizar los elementos inalterables de la interacción humana, trátase de la herencia (instintos biológicos) o del medio ambiente (condiciones materiales). Las segundas son condiciones que el actor no puede controlar, cosas que no guardan ninguna relación con su identidad ni su voluntad.

Añadiré que el recurso a las explicaciones basadas en la herencia y el medio no es exclusivo del utilitarismo; aún constituye un elemento básico de buena parte de la teoría social actual y de nuestro sentido común. Constantemente oímos decir, por ejemplo, que instituciones políticas con las que no tenemos nada que ver dirigen "en verdad" nuestras sociedades, o que todas las instituciones económicas poderosas manipulan hilos invisibles que nos transforman a todos en títeres humanos. También se recurre constantemente a teorías del instinto que declaman acerca de la "bomba demográfica", los "límites biológicos al crecimiento" o el "imperativo territorial" genético que supuestamente justifica la propiedad privada. Por tanto, la teoría social del liberalismo individualista no ha desaparecido del todo, ni el recurso a teorías antiindividualistas que no pueden prescindir de su visión racionalista de la acción humana. Más aun, la solución colectivista del dilema

utilitarista con un acento motivada por las crisis desestabilizadoras de la cultura occidental, crisis que exigen explicaciones extraindividuales.

Ahora podemos ver lo que consiguió Parsons. Elaboró un modelo en términos puramente analíticos y teóricos, pero con este modelo pudo revelar los supuestos intelectuales de los cuestionamientos ideológicos de la razón y la libertad de los que antes se quejaba. Las teorías del instinto que él describe como una reacción insatisfactoria al dilema utilitarista remiten obviamente, por una parte, a la ideología darwinista social del capitalismo competitivo que tanto desestabilizó el final del siglo diecinueve y el principio del siglo veinte y, por la otra, a los movimientos fascistas que procuraron enfrentar esta inestabilidad en la entreguerra. Análogamente, las teorías ambientales que procuraron resolver el "dilema utilitarista" enfatizando los controles externos y condicionales, y así amenazaron la razón y la individualidad de otra manera, se corresponden claramente con el régimen comunista que prosperaba en Rusia, que era otra reacción ante la creciente inestabilidad "burguesa". Parsons ha logrado demostrar que los acontecimientos sociales que amenazaban el liberalismo tenían dimensiones teóricas. El "dilema utilitarista" de la teoría era también un dilema existencial. Parsons ha asociado esta crisis liberal con la "lógica teórica" de la teoría liberal decimonónica. ¿Cuál es su propuesta teórica alternativa?

Para superar estos cuestionamientos históricos de la razón y la libertad, hay que restaurar el papel de la agencia humana, la interpretación y las pautas morales. Pero esto no se puede lograr, según Parsons, con sólo enfatizar el individualismo tradicional de la teoría liberal, pues la ingenuidad de ésta había promovido esas ideas hiperestructurales y racionalistas que ahora había que superar. El camino acertado consiste en reconocer la estructura social de una manera que no amenace la subjetividad y la libertad. Esto sólo se puede conseguir modificando los supuestos utilitaristas acerca de la acción cuando se revise su actitud ante el orden. Si se reconoce que la acción no racional es significativa, los elementos morales y normativos se pueden ver como estructuras o "sistemas" organizados. Por una parte, estos sistemas subjetivos actúan "por encima de" cualquier individuo específico, creando pautas supraindividuales con las que se juzga la realidad. Por otra parte, tales sistemas guardan una íntima relación con la agencia, la interpretación y la subjetividad, pues la "estructura" que encarnan sólo se puede realizar mediante el esfuerzo y la persecución de fines individuales. Recordemos que, según el esquema abstracto de Parsons, la agencia humana es inseparable del acto de la interpretación.

La construcción de semejante "estructuralismo voluntarista" equivaldría a una revolución teórica contra la tendencia predominante en el pensamiento decimonónico. Este revolucionario intento es precisamente lo que Parsons atribuye a los teóricos clásicos que examina en *La estructura de la acción social*. Entre ellos se destacan Weber y Durkheim. Mediante una detallada exégesis de la obra de estos teóricos, Parsons demuestra que ellos descubrieron la significación del orden normativo y de paso crearon la posibilidad de una sociología más voluntarista. La "teoría voluntarista de la acción" — así llama Parsons al nuevo enfoque — relaciona normas y valores, y

por tanto la agencia humana y el esfuerzo, con las condiciones inalterables y coercitivas que se les oponen. Aunque reconoce que siempre debe haber una búsqueda de eficiencia, esta nueva teoría insiste en que tal búsqueda siempre cuenta con la mediación de diversas normas.

Parsons cree que sólo tal teoría voluntarista puede brindar el fundamento para una sociedad estable, humanitaria y democrática. Se reconocen la integridad individual y la razón, pero no de un modo ingenuo, pues se las encara como parte del proceso de un control social más amplio, cosa que no hacía la limitada visión del liberalismo decimonónico. Si esta idea nos recuerda la teoría protestante del autocontrol y la organización religiosa congregacional en cuanto opuesta a la institucional, no se trata de un accidente. La familia de Parsons profesaba el congregacionalismo y la teoría de Parsons surgió por cierto del ámbito puritano de la sociedad norteamericana. La "teoría voluntarista de la acción" contiene pues tanto una visión moral como una estructura analítica. La revisión del liberalismo clásico emprendida por Parsons en *Estructura* contenía un sistema teórico preñado de implicaciones ideológicas. Aunque el "científico" que había en él reconocía sólo la teoría, Parsons dedicaría su vida a aclarar estas implicaciones.

Analítica e ideológicamente, el modelo de Parsons constituye el punto de referencia inicial de todo movimiento prominente en la teoría sociológica contemporánea. Cada movimiento, como veremos, desarrolla su propia comprensión de este modelo temprano. En las páginas siguientes afirmaré a menudo que lo "entendieron mal", que los movimientos teóricos contemporáneos han comprendido erróneamente esta original teoría o que han interpretado mal sus partes centrales. Dicho esto, hay que reconocer un punto crucial. Es difícil comprender la obra temprana de Parsons porque Parsons mismo no estaba del todo seguro de su propuesta, ni de sus objeciones a las teorías que deseaba sustituir.

En su obra temprana hay tres ambigüedades importantes y fatales. Las analizaremos por separado, aunque luego veremos que están conectadas entre sí.

La primera concierne a la situación de la solución utilitarista del orden y el sentido de la propuesta alternativa de Parsons, su "teoría voluntarista". Parsons rechaza atinadamente un enfoque puramente racionalista del individualismo aduciendo que niega el elemento voluntario, y en *Estructura* subraya a menudo que está proponiendo una alternativa multidimensional que combina el voluntarismo con la restricción. Pero en muchas ocasiones Parsons recae en un enfoque unilaterial del problema del orden. Cuando ello ocurre, argumenta no sólo que hay que reemplazar la teoría racionalista por una teoría que tenga más en cuenta la subjetividad sino que el elemento racionalista de la acción debe ceder totalmente ante el elemento no racional o normativo. Por ejemplo, en la conclusión de *Estructura*, sugiere lo siguiente:

La solución del problema del poder ... implica una referencia común al hecho de la integración de los individuos respecto de un sistema de valores comunes, manifestado en la legitimidad de las normas institucionales, en los fines últimos comunes de la acción, en rituales y en

diversos modos de expresión. Todos estos fenómenos se pueden remitir a una sola propiedad emergente de los sistemas de acción social que podemos denominar "integración de valores comunes".³

Esta afirmación resulta perturbadora por diversas razones. Al hablar de la "cuestión del poder", Parsons se refiere por cierto a una especie de "condición" determinada enfatizada por la alternativa racionalista ante el individualismo utilitarista, y este énfasis reconoce que tiene que haber alguna fuerza supraindividual en la sociedad. ¿Pero por qué menciona un sistema de valores "comunes" como única solución a la cuestión del poder en vez de simples "sistemas de valores" en cuanto tales? Más aún, ¿es siquiera posible "resolver" el problema del poder? ¿No deberíamos considerarlo un dato empírico de la vida colectiva, un dato que inevitablemente hace que los motivos instrumentales constituyan un elemento permanente de toda sociedad? Parsons parece proponer aquí una teoría puramente voluntarista. Es revelador, en este sentido, que dedique mucho más tiempo, en *Estructura*, a atacar el enfoque utilitarista del orden colectivo que a criticar el puramente idealista.

Esta ambigüedad no aparece sólo en los pasos finales de la argumentación de Parsons. El pasaje que acabo de citar muestra que Parsons está tratando de reemplazar la acción instrumental por la normativa en vez de sintetizar las dos. En la primera parte de *Estructura*, un pasaje crucial indica que también siente la tentación de plantear una disyuntiva para el problema del orden. "El orden — escribe Parsons — significa que el proceso ocurre en conformidad con la causa implícita en el sistema normativo."⁴ En vez de tratar el orden como un problema genérico que se refiere a los patrones colectivos en sí mismos, Parsons distingue entre orden normativo y orden fáctico y equipara un orden verdaderamente colectivo sólo con el primero. Muchos argumentos de *Estructura* insisten en que los enfoques instrumentales del orden no son soluciones, en que el orden sólo se puede alcanzar mediante el control normativo. Esta tendencia contradice la perspectiva multidimensional que presentó de manera tan convincente en otros pasos de su argumentación.

Esta tendencia al idealismo indica una ambigüedad fundamental en el nivel presuposicional de la obra de Parsons. También hay problemas potenciales relacionados con sus compromisos ideológicos y su descripción de procesos más empíricos. Parsons a menudo confunde orden en el sentido de patrón colectivo con orden en el sentido de consenso social en cuanto opuesto a conflicto social. Nótese que en el primer pasaje que cité anteriormente Parsons habla de normas "legítimas", de un sistema de valores "comunes" y de la necesidad de "integración" de los individuos. Pero podemos conceder que el orden normativo es muy relevante, y en verdad un factor in-

³ Parsons, pág. 768.

⁴ Parsons, pág. 92.

negable en la relación entre individuos, sin sostener por un instante que todos los individuos de una colectividad o sociedad dada compartan los mismos compromisos normativos o que las normas que comparten sean políticamente legítimas.

Parsons se equivoca al identificar el acuerdo normativo con la cohesión y el consenso social. Se trata de una ilegítima confusión de niveles teóricos relativamente autónomos. El acuerdo normativo dentro de un grupo de actores puede inducirlos a promover el conflicto social y a aumentar la inestabilidad social. Cuando Parsons niega que los factores materiales representen una versión aceptable del orden colectivo, introduce una confusión teórica similar: no aduce que las fuerzas materiales sean aestructurales sino que las estructuras que producen están asociadas con la lucha por la existencia y aun con el caos. Ha equiparado el argumento presuposicional (el problema del orden como patrón) con la afirmación empírica (que las estructuras materiales conducen al conflicto). Más aun, Parsons parece errado en lo que atañe a tal afirmación empírica. En la historia de la civilización humana la coerción a menudo ha resultado muy eficaz para crear una conducta social ordenada según pautas que distan de ser precarias. Pero he dicho que esta confusión también implica ideología. Si las presuposiciones de la teoría de Parsons están asociadas con la estabilidad social y no con el conflicto, hay que juzgarlas conservadoras y antigalitaristas. Dar un margen para el análisis sistemático del cambio y el conflicto no es necesariamente democrático ni liberal, pero negar la posibilidad misma de dicho análisis implica una postura antidemocrática.

La problemática definición que hace Parsons de la sociología ilumina estos tres problemas centrales: presuposicionales, empíricos e ideológicos. Su teoría multidimensional parece indicar que la sociología, y las demás ciencias sociales deben estudiar el interjuego de normas y condiciones. En tal caso, ¿cómo puede Parsons, en la conclusión de su *Estructura*, hacer la siguiente afirmación? "La sociología puede ... ser definida como la ciencia que intenta elaborar una teoría analítica de los sistemas de acción social en la medida en que estos sistemas se pueden entender en términos de la propiedad de integración de valores comunes".⁵ ¿Por qué limitar la sociología al estudio de la integración de valores comunes? El impulso del modelo multidimensional de Parsons parece oponerse a esta especialización restrictiva. Una vez más, tenemos que reconocer en la obra de Parsons una vena estrecha e idealista.

He aquí la paradoja del primer gran libro de Parsons. Por una parte, trasciende la teoría individualista produciendo un brillante esquema analítico con el potencial para integrar tradiciones diversas y poner fin a las luchas intelectuales sectarias. Pero junto a este modelo sintético hallamos una actitud más idealista y unilateral, un modelo que implica una fuga respecto de las condiciones reales de la sociedad moderna más que un serio intento de encararlas.

⁵ Parsons, pág. 768.

Esta paradoja creó enormes problemas en la recepción de la obra de Parsons. Antes de comentar esta recepción, mencionemos otros dos problemas de *Estructura*, pues también ellos se convirtieron en referencias en el debate crítico posterior. A mi entender no se trata de errores sino de énfasis limitados que erosionan la generalidad del libro de Parsons. El primero atañe a la situación de lo que Parsons denominaba el individuo concreto o empírico. Como todos recordarán, uno de los principales propósitos de Parsons consistía en demostrar que se podía explicar el orden colectivo sin eliminar la subjetividad. Esta subjetividad, fuente de la teoría voluntarista de Parsons, no es la misma que la individualidad en un sentido de libre albedrío, o analítico. El voluntarismo no se puede basar en la teoría del libre albedrío; el orden social impone grandes restricciones al ejercicio del individualismo en este sentido radical. Es preciso superar el individualismo en este aspecto analítico o teórico. Pero el individualismo empírico, la idea de que las estructuras sociales se basan en los actos de actores reales y vivientes, permanece. Los individuos empíricos si ejercen el libre albedrío, o la agencia, aunque lo hagan dentro de grandes restricciones sociales. Parsons jamás se propuso eliminar la agencia humana o libre albedrío en este sentido más limitado. La agencia humana permitía a Parsons diferenciar los componentes de la vida colectiva, desarrollar el contraste entre condiciones, medios y fines, e iluminar el modo en que la interpretación normativa entra en juego. En verdad, es revelador que en su justificación descriptiva de los componentes del acto unidad Parsons enfatizara la temporalidad, pues la temporalidad es, como él bien sabía, el punto de referencia fundamental para la filosofía más individualista, "agentista" del siglo veinte, la fenomenología existencial de Heidegger. La contingencia del tiempo permite a Parsons diferenciar entre elementos subjetivos y objetivos. "Para los propósitos de la definición — escribe — el acto debe tener un 'fin', un estado futuro hacia el cual está orientado el proceso de la acción."

Se debe iniciar en una situación cuyas tendencias difieran en uno o más aspectos importantes del estado de cosas hacia el cual está orientada la acción, el fin ... Un "acto" es siempre un proceso en el tiempo. La categoría temporal es básica para este esquema. El concepto "fin" siempre implica una referencia futura a un estado que, o bien es verdadero y llegaría a existir si el actor no hiciera algo al respecto, o bien existe y no debería permanecer inalterado.⁶

El énfasis en las instituciones o los patrones sistémicos no niega, pues, el libre albedrío y la contingencia. Sería totalmente legítimo que la teoría colectivista — que niega el individualismo en un sentido analítico — se concentre en individuos empíricos concretos y en los procesos mediante los cuales éstos construyen sus propias versiones contingentes del orden social. En principio, Parsons no arguye contra la importancia del individuo

⁶ Parsons, págs. 44-45.

empírico sino contra el individuo en cuanto posición analítica, una posición que, según él cree, concibe a los individuos de manera asocial.

La teoría colectivista, según este razonamiento, puede cobrar una forma microsociológica o macrosociológica. En la primera, puede explorar las relaciones de los individuos reales, el papel del "esfuerzo" y la "interpretación" en la construcción de un patrón social dado. Como microsociología, en cambio, la teoría colectivista abstrae a partir de estos elementos y estudia los elementos "no contingentes" (aunque no inmutables) del orden, ya como normas o como condiciones. Parsons opta empíricamente por la macrosociología. Estudia los sistemas en gran escala y no los actores. No obstante, aunque su teoría no impide un análisis empírico de los individuos, su análisis empírico aparenta milita- contra él en la superficie. Esta apariencia se vuelve crucial en los debates posteriores acerca de su obra.

El último problema que me agradaría analizar se relaciona con la abstracción (tracción de la empresa teórica) de Parsons. En *Estructura* Parsons afirma claramente que desea elaborar una teoría de los elementos analíticos, es decir, una teoría que defina los elementos en forma abstracta más que en relación con un período histórico específico o una situación empírica específica. Deja tal "especificación concreta" para otros pensadores y otras ocasiones. De hecho, en su obra posterior Parsons mismo a menudo lleva a cabo esta especificación. Pero en *Estructura* se concentra en presuposiciones y modelos generales, no en proposiciones ni en conceptos que sean tan específicos como para tener una referencia empírica inmediata. Tampoco comenta Parsons la metodología ni intenta explicar una situación particular. En otras palabras, deja abierto el carácter del mundo real en sus detalles fácticos. Esta puesta entre paréntesis de lo concreto y lo históricamente específico resultó ser una enorme frustración para muchos de los teóricos que lo siguieron.

¿Qué ocurrió con *La estructura de la acción social*? Al principio, la voz recóndita del autor se oía apenas, excepto en el círculo de estudiantes de Harvard (que estaban muy impresionados). Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial el libro surgió como un documento decisivo para la creación de una nueva tradición teórica. Como ya he mencionado, las condiciones que condujeron a esta guerra, y la guerra misma, provocaron una masiva migración de intelectuales europeos a los Estados Unidos, una migración que ayudó a fundar departamentos de sociología en universidades del Este, como Harvard y Columbia. Este factor institucional, junto con los demás factores que mencioné anteriormente, minaron el prestigio de la empírica "sociología norteamericana" de la escuela de Chicago. Harvard y Columbia ocuparon el lugar de Chicago. Fue Parsons quien dominó Harvard después de la Segunda Guerra Mundial, y sus discípulos, como Merton y Barber, quienes dieron a Columbia su perfil teórico. Mientras la sociología norteamericana se transformaba en centro de prestigio y poder en la sociología occidental, Parsons y Harvard se transformaron en centro de poder de la sociología norteamericana.

El período de posguerra, que se extendió hasta mediados de la década de 1960, constituyó uno de los momentos más estables y optimistas de la

historia occidental. Los años de posguerra crearon la impresión de que la integridad del individuo estaba finalmente a buen resguardo y que la razón terminaría por prevalecer. Las democracias consensuales y estables parecían ser la orden del día, y la coerción y el conflicto parecían decrecer en los países occidentales. Estos acontecimientos internos fueron reforzados por el clima de las relaciones exteriores. En vez de perturbar la estabilidad interna, el conflicto entre capitalismo y comunismo se proyectó al plano internacional. La hostilidad generada por la Guerra Fria hizo del marxismo — el principal heredero del utilitarismo colectivista— una mala palabra. En este ajetreado y confiado período de la expansión democrática occidental Parsons desarrolló su teoría sociológica madura, que él denominó "estructural-funcionalismo".

El estructural-funcionalismo

El primer libro de Parsons trataba acerca de cuestiones extremadamente generales y abstractas, presuposicionales. Su intención manifiesta consistía en integrar las tradiciones instrumental e idealista, sintetizando el voluntarismo puro con la teoría de la coerción pura mediante el desarrollo de un esquema general que marcara el inicio de una nueva teoría sociológica "posclásica". Esperaba que esta teoría echara los cimientos para la restauración del individuo autónomo y diera un lugar más firme a la razón humana: con ello contribuiría no sólo a la restauración de la teoría social occidental sino de la sociedad occidental. A la luz de estas metas múltiples, no debe sorprendernos que después de 1937 Parsons se dedicara a una serie de ensayos empíricos dirigidos hacia los problemas prácticos de la época, aplicando su teoría a la crisis social de la entreguerra y a la lucha occidental contra el fascismo. Estos ensayos otorgan al esquema abstracto y general de *Estructura* un sentido mucho más específico y empírico. Desarrollan un "modelo" de la sociedad como sistema funcional, y articulan conceptos, definiciones y proposiciones que aclararon mucho las implicaciones del pensamiento general de Parsons para el "mundo real" y práctico.¹ Este período medio de la obra de Parsons culminó con dos volúmenes teóricos publicados en 1951, que procuraban combinar esta nueva especificidad con un regreso a un alto nivel de generalización abstracta. Con Edward Shils, Parsons escribió "Valores, motivos y sistemas de acción", y a solas escribió *El sistema social*, tal vez su libro más famoso.² Mis comentarios de hoy se basan en estos trabajos. Sólo en mi próxima clase examinaré los ensayos empíricos que los precedieron. Así podremos situar los ensayos empíricos dentro de la teoría general que surgió de este período intermedio de la carrera de Parsons.

Lo primero que nos asombra en la teoría de este período intermedio es que Parsons ha conocido a Freud. En *La estructura de la acción social*

¹ Después de 1937 Parsons se desplazó hacia la "derecha" del continuo científico del diagrama 1.2 del capítulo 1.

² Talcott Parsons y Edward A. Shils, "Values, Motives, and Systems of Action", en Parsons y Shils (comps.), *Towards a General Theory of Action* (Nueva York: Harper and Row, 1951), págs. 47-275; Talcott Parsons, *The Social System* (Nueva York: Free Press, 1951).

... que Weber y Durkheim habían creado teorías normativas que permitían una postura voluntarista. Usa la teoría freudiana para añadir más pruebas detalladas y convincentes acerca de la naturaleza de este orden voluntarista. Aprende de Freud un nuevo modo de teorizar la relación entre sujeto y objeto, a la cual Freud abordó en su teoría del superyó. Parsons trasciende a Freud al extender esta teoría del superyó a toda la gama de relaciones existentes entre un actor y sus objetos sociales.

En su teoría de la formación del superyó, Freud sugiere que la "catexia" — su término técnico para el afecto o el amor — lleva a un actor o sujeto a identificarse con el objeto de su amor, y que esta identificación lleva a la introyección, o internalización del objeto por parte del actor. Freud creía que el niño concentra la atención en los objetos que son fuentes de gran placer, habitualmente sus padres. El niño, en otras palabras, "incorpora" a los padres mediante la catexia y se identifica con ellos, es decir, en ciertos sentidos cruciales se ve a sí mismo como similar a los padres. Esta identificación hace que ciertos aspectos de la persona incorporada se introyecten en la personalidad del niño. Partes clave del carácter de los padres se convierten en parte de la personalidad del niño. Estas cualidades introyectadas son el origen del superyó, sede de la sensibilidad moral dentro de los niños.

Lo que Parsons veía de extraordinario en esta teoría del desarrollo del superyó era que brindaba nuevas pruebas para respaldar sus críticas a la teoría liberal decimonónica. Freud demostraba que después de las primeras etapas de desarrollo de la personalidad, la realidad externa (las "condiciones", en el vocabulario de Parsons) es siempre mediada por expectativas morales (las "normas" de Parsons). En otras palabras, Parsons toma esta teoría de la formación del superyó como explicación prototípica de la internalización de las normas. Con ello, lleva a Freud más lejos de donde él quería ir, pues Parsons afirma que los niños "incorporan" los objetos externos desde el inicio mismo de su vida. La identificación, la introyección y la internalización acontecen casi desde el nacimiento, asegurando que cada elemento de la personalidad sea social.

Parsons toma la brillante visión freudiana del proceso de formación del superyó y la generaliza, convirtiéndola en un aspecto de su abarcadora teoría. Según Freud, una vez que está formado el superyó, las personas modelan cada autoridad que enfrentan de acuerdo con la autoridad internalizada de sus padres. Según Parsons, esta internalización no se aplica sólo a la autoridad: una persona enfrenta pocos objetos sin haber tenido una experiencia previa de cosas "como" ellos. La existencia de objetos externos es habitualmente guiada, pues, por modelos internalizados acerca de lo que deberían ser. Desde luego, siempre hay una primera vez para una nueva clase de objeto, pero durante este primer encuentro estos objetos se transforman invariablemente en la base de la catexia y la internalización. En palabras de Parsons y Shils, "los objetos, por la significación y las catexias asociadas con ellos, se organizan dentro del sistema de orientaciones del actor".³

³ Parsons y Shils, pág. 54.

Cuando vemos una mujer, un hombre, un estudiante, o aun una silla, un aula o una pelea, nunca vemos estos objetos como externos a nosotros mismos, a menos que nos enfrentemos con tales cosas por primera vez en la vida, y aun entonces sólo pequeñas partes de ellas serán nuevas de veras. En cambio, sugiere Parsons, enfrentamos estos objetos como si ya fueran esencialmente familiares, desde "dentro" y no desde "fuera". Ello es así porque ya hemos internalizado expectativas (normas) acerca de lo que implican tales objetos o situaciones. Si no fuera así, cree Parsons, si viviéramos y nos enfrentáramos con objetos totalmente desconocidos, no tendríamos comprensión intuitiva del mundo en que vivimos. La teoría utilitarista estaría en lo cierto: los objetos serian externos a nosotros y actuaríamos ante ellos sólo de manera impersonal, instrumental, mecanicista.

La reinterpretación de la introyección y la internalización realizada por Parsons sugiere que la generalización de la infancia se debe considerar crucial no sólo para la construcción de la personalidad sino para la formación de la sociedad. Estas consideraciones apuntan a su vez a la relación entre la socialización y los valores culturales, por una parte, y a la relación entre la socialización y los "objetos" sociales, por la otra. Sin duda fue esta línea de pensamiento la que indujo a Parsons a elaborar, en este mismo período, su decisivo modelo de los tres diferentes sistemas de acción: la personalidad, la sociedad y la cultura.

Los sistemas de personalidad, los sistemas sociales y los sistemas culturales son distinciones analíticas, no concretas. Se corresponden con diversos niveles o dimensiones de toda la vida social, no con entidades físicas distintas. Toda entidad concreta — una persona, una situación social, una institución — se puede abordar desde cada una de estas dimensiones; cada cual existe en los tres sistemas a la vez. Parsons usa la distinción para argumentar a favor de la interpenetración de la personalidad individual, sus objetos sociales y los valores culturales de la sociedad.

La personalidad, razona Parsons, se refiere a las necesidades de la persona individual. Estas combinan necesidades orgánicas y emocionales, y se organizan en una "identidad" individual a través del proceso de socialización, a través de la experiencia evolutiva del individuo con la sociedad. Este nivel de la personalidad es la fuente de una personalidad distintiva y única. Aun así, no implica un individuo en el sentido atomista del utilitarismo. Aunque la separación física de los individuos entre sí puede contribuir a crear dicha impresión, Parsons nos advierte que se trata de una ilusión. La diferenciación fisiológica no se corresponde con una diferenciación social o cultural. La personalidad es un nivel distinto de la vida social, y connota la singularidad de la persona. Pero esta singularidad es el producto de un encuentro con la sociedad.

El nivel del sistema social alude a la interacción entre diversas personalidades o, en términos más comunes, a la interdependencia de las personas. Pero recordemos que este punto es presuposicional, no directamente empírico. Aunque el sistema social es el nivel de la interacción, la interacción puede ser de cooperación o de antagonismo. La interacción significa que hay más de una persona, y toda vez que tenemos dos o más personas

enfrentamos el problema de la distribución de bienes. El sistema social, para, está sujeto a las presiones de la escasez y la organización. Incluye una gama de instituciones y estructuras cuya "función" consiste en enfrentar la escasez y en brindar organización, imperativos que a su vez plantean las cuestiones de la legitimidad y la justicia.

Por último, hay un sistema cultural. La cultura no alude a las necesidades de la gente, ni a la naturaleza de las interacciones reales, sino a amplios patrones simbólicos de sentido y valor. Los patrones culturales informan las interacciones específicas y las disposiciones de necesidad, pero siempre hay una brecha entre la generalidad de un valor cultural y el modo en que una sociedad o personalidad formula su sentido.

La diferenciación entre niveles de cultura, sociedad y personalidad se puede ilustrar con el valor simbólico "libertad". Este implica un compromiso del sistema cultural, digamos, con el ideal de que los individuos deben gozar de libertad. Como tal, es un compromiso extremadamente general y difuso que puede ser compartido por sociedades y personalidades que difieren de muchas maneras. En términos de la organización del sistema social, el nivel de las instituciones específicas, podemos pensar en muchos patrones organizativos que intentan producir libertad económica. La sociedad capitalista temprana enfatizaba una clase de libertad, particularmente la libertad para comprar y vender. El posterior capitalismo del Estado benefactor organizó la libertad de otra manera, enfatizando la libertad de las gentes menos poderosas para controlar sus propios movimientos y recursos. En la fase temprana del capitalismo la libertad era más accesible a las clases altas, mientras que la mayor libertad que el capitalismo tardío brindó a grupos de menores ingresos se consiguió a expensas de restricciones sobre los propietarios. Lo que deseo señalar es que ambas clases de organización del sistema social son coherentes con el más general compromiso cultural con la libertad. Si descendemos al nivel aun más específico de la personalidad, surge la misma autonomía relativa de estos sistemas: la "libertad" se puede convertir en una disposición de necesidad para la personalidad de diversas maneras. Por ejemplo, podría estar articulada por una personalidad muy disciplinada con estrictos controles superyóicos. En este caso, la libertad se convierte en cuestión de autodisciplina y control deliberado. Pero una personalidad también podría actuar "libremente" respondiendo a necesidades espontáneas de expresión sexual. Cada una de estas disposiciones de necesidad, a la vez, se podría especificar aun más de diversas maneras; por ejemplo, podrían ser egoístas o altruistas.

La autonomía analítica de estos niveles no debe ocultarnos que casi siempre existe alguna correspondencia entre ellos. La organización de los recursos escasos tiene que ser afectada por el universo de sentidos al que la gente recurre para entender el mundo, y las personalidades que desarrolla la gente tienen que basarse en los objetos sociales y culturales que están disponibles para la interacción. Los ideales simbólicos acerca de la libertad, pues, tienden a surgir junto con sistemas sociales capaces de conceder libertad, y tanto los símbolos como las sociedades se interrelacionan con sistemas de personalidad capaces de actuar de modo "libre".

Pero si observamos la historia de las sociedades occidentales, y las sociedades en desarrollo que hoy están en proceso de modernización, vemos que los niveles analíticos de cultura, sociedad y personalidad a menudo se corresponden con niveles desparejos de desarrollo empírico, y que en vez de interrelaciones complementarias hay tensión y desequilibrio. En el siglo dieciocho, por ejemplo, importantes áreas de la vida intelectual francesa (parte del sistema cultural) recibieron la influencia del ideal de libertad. Pero áreas igualmente importantes del sistema social permanecían organizadas en estructuras feudales y aristocráticas que negaban libertad política y económica a esos sectores de la sociedad más comprometidos culturalmente con ellos. Esta incompatibilidad podría ser un modo de conceptualizar los orígenes de la Revolución Francesa. Por tomar otro ejemplo histórico, un pequeño grupo religioso, los puritanos ingleses, alentó la formación de personalidades que a la vez impulsaron la autonomía y el autocontrol disciplinado. Sin embargo, ni la cultura ni el sistema social de la Inglaterra del siglo diecisiete estaban organizados de un modo que fuera complementario de este ascetismo psicológico. ¿Cómo se resolvió esta incompatibilidad empírica? La personalidad puritana cambió gradualmente el clima cultural inglés para volverlo más congruente con el ascetismo cultural. Este cambio cultural también contribuyó a una reorganización fundamental del sistema social.

En muchas sociedades en desarrollo vemos hoy fuertes compromisos culturales con la modernidad — a veces con la libertad, a veces con la igualdad— pero a menudo encontramos muy poca habilidad para concretar estos ideales en términos del sistema social, o a veces en el nivel de la personalidad. Por otra parte, las sociedades en tren de modernización a menudo tienen recursos propios del sistema social para dar concreción a un valor cultural dado; por ejemplo, pueden haber establecido eficaces centros de educación superior. Pero esta capacidad del sistema social se puede manifestar sin patrones culturales que sean suficientemente fuertes para que dicha educación superior parezca valiosa o necesaria.

La diferenciación entre cultura, personalidad y sociedad, pues, nos permite apreciar la interpenetración del individuo y la sociedad a la vez que enfatiza que los lazos entre individuos socializados, sociedades psicológicamente afectadas y culturas socializadas pueden ser muy precarios. Esta noción de interrelación precaria nos lleva al modelo sistémico de Parsons de la vida social (en cuanto opuesta a la psicológica o cultural). Este es el corazón de su temprana teoría estructural-funcionalista. En el resto de la clase de hoy, examinare este modelo en una forma muy simplificada, como el paradigma de la interacción y los roles sociales.

Parsons cree que el sistema social no se debe conceptualizar en términos de estructuras materiales o instituciones, sino como una complicada serie de "roles" sociales. Los roles son nichos sociales impersonales que consisten en obligaciones a realizar de maneras específicas. Las estructuras materiales, instituciones y organizaciones de la sociedad, cree Parsons, no son significativas en sí mismas sino por las clases de roles que brindan. Las obligaciones planteadas por los roles, abstractas pero muy definidas, son desde luego producto de diversas presiones y recursos. Luego hablaremos

de estas presiones y recursos. Por ahora, limitémonos a reconocer, con franqueza, que los roles existen; por ejemplo, que "profesor" es un rol real en el sistema social, asociado con obligaciones definidas. Tal rol no es el simple producto de la personalidad, ni la emanación automática de la cultura. Es un conjunto detallado de obligaciones para la interacción en el mundo real. En otras palabras, forma parte del sistema social.

Ahora bien, ¿cómo se puede entender dicho rol desde una teoría voluntarista? ¿Cómo se lo puede entender de un modo que no lo haga parecer algo totalmente externo a los actores que lo obedecen? Según el modelo trisistémico de Parsons, las necesidades de la personalidad tendrían que complementar en cierto grado los requerimientos del sistema social para un rol. En el caso de nuestro profesor, su personalidad se debe corresponder con las exigencias y obligaciones impuestas por el rol de docente. Como dicen Parsons y Shils, "tiene que existir una correspondencia fundamental entre las autocategorizaciones del actor, o 'autoimagen', y el lugar que ocupa en el sistema de categorías de la sociedad de la cual forma parte".⁴

Esta correspondencia parece ser muy simple, pero no lo es. Ustedes y yo conocemos a muchas personas cuya personalidad no se corresponde con los roles que desempeñan: profesores que no quieren enseñar, que entienden que no tienen la capacidad o han desarrollado otras metas culturales. Para estos profesores, su compromiso con el rol es incompatible con sus compromisos psicológicos o culturales. La incompatibilidad entre niveles sistémicos produce tensiones que todas las sociedades procuran resolver. Los profesores descontentos pueden renunciar; la escuela los puede "resocializar"; se los puede amenazar mediante la disciplina; a veces se los despiden. A menudo, desde luego, la tensión se perpetúa creando un desequilibrio continuo.

¿Cómo cree Parsons que se puede evitar dicho desequilibrio, al menos en principio? ¿Cómo puede el sistema social coordinar las obligaciones de cada rol, las personalidades y los ideales culturales? En primer lugar, existe una sutil correspondencia entre los roles que ofrece el sistema social y los caminos de socialización que se presentan a cada individuo de dicha sociedad. ¿Cómo se pasa de ser un niño a ser profesor? El futuro profesor va participando en roles estrechamente coordinados y gradualmente variables, una secuencia que se extiende desde el bebé hasta el niño y el estudiante, y, más allá de eso (según la situación familiar) al hermano mayor, el adolescente, el estudiante mayor, el adulto. Esta secuencia de roles se entrecruza con otras, por ejemplo, la que se extiende desde miembro de un grupo de pares hasta ciudadano, votante y activista, y la secuencia tutor, estudiante graduado, asistente de cátedra, aprendiz, estudioso, profesor. Cada uno de estos roles es una fuente de identidad personal, y cada cual debe estar afinado para satisfacer necesidades psicológicas en cada secuencia. Pero los roles no pueden ser sólo fuentes de autoidentidad, pues también se deben relacionar con el sistema social. La persona en crecimiento internaliza capacidades sociales con cada nueva etapa de identidad personal.

⁴ Parsons y Shils, pág. 147.

si
de
roles

Las secuencias de roles se deben coordinar en los niveles de ~~personalidad y cultura~~. Los roles que asume una persona son ofrecidos por diversas partes del sistema social en diversos momentos. Los primeros roles son ofrecidos por la familia, los roles posteriores por grupos de amigos sobre los cuales la familia tiene poco control, y por instituciones a menudo distanciadas tanto de la familia como de los grupos de amigos, instituciones como la escuela y el gobierno. Pero es preciso que estos diversos roles estén ordenados en una secuencia y cuidadosamente coordinados; en la medida en que se los experimente como contradictorios y abruptos, el individuo no podrá internalizarlos. A primera vista tal coordinación parece inconcebible. A fin de cuentas, no hablamos sólo de un par de personas para quienes se deben establecer secuencias, sino acerca del cumplimiento simultáneo de una extraordinaria cantidad de roles diversos. La abrumadora precisión de la coordinación requerida demuestra, a juicio de Parsons, cuán ridículamente inadecuadas son las visiones individualistas del orden. La coordinación de secuencias tan intrincadas sólo puede continuar "por encima de nosotros". Es el producto de un sistema, más precisamente el sistema social. Los controles sociales, aunque dependan de decisiones individuales, articulan estas decisiones mediante procesos de coordinación que ningún individuo puede comprender y mucho menos dirigir.

Para ser eficaz, esta secuencia de roles ~~debe coordinarse con el desarrollo de disposiciones de necesidad en la persona~~. Por dar un ejemplo tosco y simple, no se puede exigir a nadie que se dedique a una tarea intelectual abstracta, como estudiar varias horas consecutivas, a menos que se satisfagan sus necesidades infantiles orales. Análogamente, no se puede pedir a los jóvenes que cumplan importantes roles de liderazgo en la sociedad a menos que hayan pasado por la etapa edípica final, lo cual significa que sus conflictos psicológicos con la autoridad están al menos parcialmente resueltos. Las exhortaciones del sistema social al matrimonio y la crianza de una familia no se pueden concretar antes de brindar la capacidad psicológica para la sexualidad genital. Estos requerimientos parecen muy vulgares y simples a primera vista: he escogido los ejemplos más fáciles que puedo imaginar. Pero si pensamos en la enorme coordinación que se requiere para que el desarrollo psicosexual coincida con la secuencia de roles, tenemos una abrumadora prueba del ordenamiento extraindividual, "sistémico", de la vida social.

Por último, esta secuencia de roles y esta coordinación de ~~necesidades obviamente se facilitará si existen valores comunes difundidos y una cultura internamente coherente~~. Si tanto nuestros primeros roles como los actuales se pueden remitir a una cultura común, los sentidos que atribuimos a nuestra experiencia vital serán más coherentes, reforzando nuestro compromiso con el rol que debemos desempeñar ahora. Tampoco esto es tan fácil como parece pues un individuo desempeña roles en una amplia gama de instituciones separadas económica, política y geográficamente. Para que el sistema cultural funcione con mayor eficacia, se debe comprender que todas estas participaciones derivan de una cultura común. En la medida en que tal cosa no se pueda comprender, los sentidos atribuidos a las obligaciones

serán conflictivos y resultará más difícil para las personas mantener su compromiso con sus roles. Más aun, esto ocurrirá aunque haya una secuencia de roles objetivamente coordinada (la integración de los roles con el sistema social) y una perfecta complementariedad entre los roles y las necesidades psicosexuales (integración con la personalidad). La carencia de una cultura compartida crea conflicto porque significa que las orientaciones subjetivas hacia los roles quizá no se correspondan efectivamente con exigencias objetivas. Por tomar un ejemplo concreto, el proceso de movilidad social impone un significativo desplazamiento a las personas que comienzan su vida en una parte del sistema de estratificación, en una clase o sector, y ascienden o descienden a otro. Si la cultura de una parte del sistema de estratificación difiere mucho de las demás, esta movilidad social causará serias perturbaciones en el cumplimiento eficaz de los roles.

En el sistema social de las sociedades industriales avanzadas se deben "producir" y "coordinar" muchos roles sociales. En una universidad grande, por ejemplo, puede haber unos dos mil profesores. Estos profesores pueden venir de todos los rincones del mundo, pero tienen que haber experimentado experiencias de socialización tan similares como para que hayan aceptado el mismo rol social. Pero esto es sólo el comienzo de la coordinación de roles exigida por una institución grande y compleja. Más aun, tiene que haber procesos que permitan que estos roles de profesor se especialicen e interrelacionen. Los profesores tienen que interactuar con otras personas que desempeñan roles diferentes, tales como secretarías, empleados, custodios, editores, correctores, vendedores y estudiantes. Cada uno de estos otros roles depende, a la vez, de una precisa secuencia de roles para que se cumplan satisfactoriamente. Finalmente, sea o no satisfactorio para sus ocupantes, el sistema social de la universidad debe brindar modos de coordinar cada uno de estos roles con los demás.

Por señalar apenas un segmento en este enorme complejo de roles, pensemos en lo que se requiere para que se produzca una relación coherente y mutuamente satisfactoria entre estudiante y profesor. Primero, la preparación de cada uno de nuestros roles debe estar coordinada; como he señalado, dicha preparación involucra a los tres sistemas: el de la personalidad, el cultural y el social. Luego, en la institución social de la que estos roles forman parte, la universidad, necesitamos disponer de una amplia gama de recursos complementarios, opciones y sanciones. Las opciones son muchas: cursos grandes o pequeños, sistemas de gradación lentos o severos, exámenes o monografías, por nombrar sólo unos pocos. Por cierto estas opciones y su coordinación resultan más fáciles si existen expectativas culturales fuertemente institucionalizadas en la universidad, de tal modo que, al margen de nuestro historial y al margen de los recursos ofrecidos, esperemos más o menos lo mismo. El problema de la socialización dentro de la cultura intelectual local está, desde luego, separado de las otras clases de socialización involucradas; por ejemplo, la socialización que produce compromisos con los roles laborales y estudiantiles en cuanto tales y con patrones culturales amplios, como el idioma, que no son específicos de un rol.

Es obvio que Parsons considera que el mundo social es muy complica-

do. ¡Pero aún nos reserva algo más! Parsons sitúa su análisis de esta complejidad bajo la rúbrica de una simple pregunta que se volvió muy controvertida. ¿Cómo se puede coordinar todo esto para que funcione "a la perfección"? Con la idea de funcionamiento perfecto Parsons alude a la operación efectiva, a la posibilidad de que la vida social esté en estado de perfecto equilibrio y cooperación, como un motor sin fricción. Parsons se vale de este equilibrio o armonía, como una pauta abstracta para juzgar los requerimientos de la sociedad. Los críticos han sugerido que esto crea una tendencia ilegítima en la obra de Parsons, pero él sostenía, por el contrario, que el concepto de equilibrio simplemente permite ver que "anduvo mal" cuando estudiamos una situación de conflicto empírico. Insistía en que él postulaba el equilibrio sólo como modelo abstracto, no como un conjunto de compromisos más específicos que describen la naturaleza de la realidad empírica. El modelo de una máquina sin fricción se puede usar por cierto para estudiar las resistencias y las eventuales roturas causadas por la fricción en el mundo real.

La imagen de una interacción bipersonal perfectamente coordinada, la "diada", es de suma importancia en la obra intermedia de Parsons. Parsons argumenta que para que tal diada esté en equilibrio las expectativas que cada actor tiene para la interacción deben complementar las expectativas del otro. Lo que yo deseo hacer al frente de esta aula, por ejemplo, debería concordar con lo que ustedes desean hacer como alumnos. Parsons denomina esto el teorema de la "complementariedad de expectativas", y tiene en cuenta este teorema cuando escribe acerca de la institucionalización. La institucionalización perfecta acontece cuando las exigencias del sistema social acerca de los roles se complementan con los ideales culturales y cuando ambos, a la vez, satisfacen las necesidades de la personalidad. En otras palabras, lo que la personalidad necesita, en el caso ideal, debería ser lo mismo que la cultura considera significativo, y esto debería concordar con los recursos que el sistema social ha brindado para lo que define como obligaciones apropiadas para un rol. Si existe esta armonía perfecta entre los diversos niveles de la sociedad, la interacción individual será complementaria y no se producirá conflicto. Parsons y Shils lo expresan de este modo: "Los mismos sistemas de pautas de valores son institucionalizados en los sistemas sociales e internalizados en las personalidades, y éstos a la vez guían a los actores en lo referente a la orientación hacia un fin y la regulación de los medios".⁵

Añadiré, por último, que además de estos requisitos estructurales para el equilibrio — la naturaleza de la preparación para los roles y sus secuencias, la coordinación de roles dentro de una institución, la relevancia de la cultura común, y la compatibilidad o institucionalización de diversos niveles—, Parsons presta cierta atención a la naturaleza del desempeño de los roles, a los procesos empíricos de interacción e individualidad. Reconoce que la "contingencia" es aquí de suma importancia, que toda interacción tie-

re un carácter en gran medida abierto e imprevisible. Otro modo de expresión (lo cual nos remite a las palabras de Parsons en *La estructura de la acción social*) consiste en señalar que los actores tienen libre albedrío y que la acción es inevitablemente temporal. Esta contingencia abre nuevas fuentes de inestabilidad. ¿Cómo la pueden encarar los actores? Parsons insiste en que se puede hacer mucho durante el desarrollo de la interacción misma. Los participantes realizan esfuerzos conscientes e inconscientes para mantener un curso de interacción satisfactorio. Para alcanzar esta satisfacción, usan sanciones negativas y recompensas positivas con el propósito de acomodar a otras personas a sus propias necesidades. Toda interacción entre dos personas, o entre una persona y un grupo o institución, involucra constantes sanciones y recompensas. Si existe una institucionalización perfecta, una complementariedad fundamental de expectativas y recursos, estas sanciones y recompensas mutuas permitirán el mantenimiento del equilibrio ante la contingencia. Por otra parte, en la medida en que haya falta de complementariedad entre los recursos o expectativas, estas sanciones y recompensas continuas pueden conducir a un serio y perturbador conflicto social, pues servirán para reforzar la conducta antiinstitucional.

De este modelo de equilibrio, y su mantenimiento, surge la teoría de Parsons acerca del desvío y el conflicto.

El desvío se refiere a la posibilidad teórica — que constituye una probabilidad empírica— de que las relaciones interpersonales se alejen del equilibrio. Para definir el desvío, debemos regresar a la idea de complementariedad de roles, la hipotética concordancia entre la autoimagen del actor y las definiciones de roles ofrecidas por el sistema social. También debemos recordar cómo se aplica esto a la diada típica ideal: mis expectativas serán tus deseos, tus deseos mis expectativas. Parsons y Shils definen el desvío como "la disyunción entre las expectativas de los roles y las disposiciones de necesidad", y esta definición ahora tiene sentido.⁶ El desvío acontece cuando la interacción entre tú y otro, trátase de una persona, grupo o institución, es insatisfactoria para una de ambas partes. Esta insatisfacción puede ser causada por problemas surgidos en cualquier nivel del proceso de institucionalización. La existencia de tantas facetas en la institucionalización revela por qué el desvío es tan omnipresente, por qué la complementariedad en sentido pleno rara vez se produce.

Una vez que hay insatisfacción, ¿cuál es el resultado? A juicio de Parsons, dos cosas ocurren simultáneamente. Primero, hay una reacción interna en la personalidad insatisfecha. Como el "otro" no brinda satisfacción suficiente, el yo experimenta una pérdida objetal, por usar (como hacia Parsons) los términos freudianos, una pérdida de amor que deriva en depresión o furia. La personalidad socializada mediatiza esta reacción a través de mecanismos de defensa como la adaptación, la negación y la proyección. Esta reacción interna a menudo deriva en un abandono de las obligaciones del rol, sea mediante una actitud pasiva o mediante una furiosa rebeldía.

la interacción con

desvío y conflicto

⁵ Parsons y Shils, pág. 56.

⁶ Parsons y Shils, pág. 152.

Pero, junto con esta reacción interna de la personalidad, hay una reacción "externa" en el nivel del sistema social, pues el retiro del actor supone el incumplimiento de un papel. Esto conduce a una falla en el funcionamiento social, pues no se brindan los recursos de que dependen otros roles. Esto, desde luego, desata más inestabilidad y conflicto, pues las obligaciones de otros roles quedan sin cumplirse. No es de extrañar que el desvío habitualmente active toda una gama de mecanismos de "control social" destinados a devolver a su carril al actor, grupo o institución que se ha desviado, con el propósito de restaurar el equilibrio del sistema. Los detalles de dicho control social, y una visión más compleja del sistema social, constituirán el tema de la clase siguiente.

Terminaré esta charla haciendo una evaluación inicial del modelo estructural-funcionalista que Parsons elaboró en este período intermedio de su carrera. En principio, este modelo prometía conciliar a las escuelas conflictivas de la sociología clásica, encontrar un modo de integrar el orden cultural con el material, de asistir al individuo sin subestimar el papel de la sociedad. Enfatizo "en principio" porque en la práctica Parsons tuvo dificultades para mantener en equilibrio y en perspectiva todos los factores de su esquema teórico. Obviamente, un esquema conceptual tan complicado presenta muchas oportunidades para la distorsión y la tensión teóricas; si nuestra perspectiva general nos inclina hacia cierta unilateralidad, este aparato conceptual brinda espacio suficiente para hacerlo.

La "interpenetración" propia de este modelo estructural-funcionalista, por ejemplo, nos tienta a restar énfasis al peso del control instrumental, situacional. Claro que Parsons enfatiza explícitamente el papel independiente de la sociedad respecto de la cultura, pero él cree que en una situación de equilibrio estos sistemas se "alinean" y superponen. Si tuviéramos una inclinación hacia el idealismo —y por nuestra charla anterior sabemos que Parsons tiene esta inclinación— esta presunta superposición entre expectativas culturales e instituciones sociales nos llevaría a subestimar los aspectos externos y objetivos de los recursos y la interacción de los roles. De hecho, Parsons habla más acerca de la necesidad de que las exigencias del sistema social se fundan con la cultura y la personalidad que acerca de la necesidad de que la segunda satisfaga las exigencias de condiciones objetivas. Es muy posible que muchas estructuras del sistema social, como la distribución de recursos materiales y las sanciones y recompensas de otros, coincidan con valores culturales y expectativas socializadas. Al mismo tiempo, resulta muy improbable que alguna vez se produzca una concordancia perfecta. Siempre habrá un "mundo objetivo" que permanecerá "no cubierto" por obligaciones culturales comunes; esto creará una "escasez" no mediada por sentidos subjetivos, y por tanto coercitiva.

Si analizáramos las fuentes del desvío desde esta perspectiva estructural-funcional, por ejemplo, tendríamos que examinar con sumo cuidado los recursos objetivos brindados por los roles del sistema social, no simplemente las variaciones en la cultura común y la socialización. Desde luego, sea cual fuere la asignación objetiva de recursos, puede existir complementariedad entre los actores si el sistema cultural define estos recursos existentes

como deseables. En lo concerniente al equilibrio, la distribución real de la riqueza es irrelevante. Si la cultura es internamente coherente y ampliamente compartida, y si la socialización enlaza la cultura con los recursos de una manera efectiva, toda distribución objetiva se puede considerar justa. Pero, al margen de cómo estén estructuradas inicialmente las personalidades y las culturas, los recursos objetivos cambiantes aún pueden crear desequilibrio. Las disposiciones de necesidad y los valores culturales comunes pueden crear conflicto. En cuanto aparecen brechas entre la distribución de las obligaciones y las disposiciones de necesidad y los valores socializados, el consenso sobre éstos puede crear agudos conflictos y disturbios.

Hay otro problema posible, aunque éste no se relaciona con la tendencia de Parsons a idealizar su esquema sino al problema de la interacción concreta y la contingencia. Podemos convenir con Parsons en que para observar las fuentes del equilibrio o del desvío debemos examinar el proceso de institucionalización. Pero, dado lo que Parsons ha dicho sobre la individualidad —que cada persona concreta es diferente, que cada cual tiene una personalidad única—, también deberíamos estudiar profundamente los patrones específicos de cada interacción contingente. Deberíamos, en otras palabras, examinar mucho más detalladamente que Parsons las estrategias que usan los actores para las sanciones y recompensas mutuas. Parece muy probable que haya secuencias definidas y modos de "mantener encarrilada a la gente", y que esos diversos modos de sancionar y recompensar brinden recursos fundamentales para el éxito o fracaso de la institucionalización. En tal caso, la capacidad del individuo para regular la interacción contingente debería constituir un objeto de investigación en sí misma. Aunque la teoría de Parsons deja abierta la posibilidad de dicho análisis, nunca lo emprende.

El estructural-funcionalismo en su fase intermedia

Al comienzo de mis clases sobre Parsons comenté *La estructura de la acción social* aludiendo a las definiciones abstractas de acción y orden, y señalé que Parsons procuraba usar esta posición presuposicional para conciliar el materialismo con el idealismo mediante una "teoría voluntarista" a la cual él adhería sólo en forma ambigua. En mi última clase, donde hablé del estructural-funcionalismo en su fase inicial, indiqué algunas de las cualidades más generales del modelo estructural-funcionalista de la vida social presentado por Parsons, el modelo con el cual él empezó a especificar los supuestos abstractos de su obra inicial. Mencioné primero la importancia de Freud, luego comenté el modelo "trিসistémico" de personalidad-sociedad-cultura. Después de eso, pasé a la concepción de los roles sociales en Parsons y traté de dar una idea de los complejos procesos involucrados en su institucionalización. Desde allí pasé al paradigma de la interacción concreta, en el cual cada actor sanciona y recompensa al otro. Esto nos llevó a un comentario final acerca del desvío y el control social, el análisis de lo que permite a la gente abandonar sus roles y lo que sucede cuando lo hacen.

Estos elementos teóricos surgieron gradualmente entre 1937 y 1950. En la parte final de este período, el modelo estructural-funcionalista de Parsons cobró un carácter cada vez más detallado y sistemático, una tendencia que culminó, como he dicho, con la publicación de *El sistema social* y *Hacia una teoría general de la acción* en 1951. Hoy quiero examinar más detalladamente este modelo del sistema social. Luego pasaré al continuo científico y comentaré algunos de los ejemplos con los que Parsons sustentó a este modelo general.

Los sistemas sociales, según Parsons, involucran dos tipos de proceso, la asignación y la integración. Los procesos de asignación distribuyen disponibilidades, personal, recompensas. Los procesos de integración mantienen bajo control estos procesos distributivos. La asignación se relaciona con la producción, la integración brinda a la producción un efecto de amortiguación y un marco. La asignación se concentra sobre los medios e inevitablemente crea conflicto; la integración se relaciona con los fines y con la interpenetración de los fines, la cual, según Parsons, crea estabilidad. Luego veremos que este modo de abordar la teoría tiene ciertos problemas; no obstante, primero es importante señalar que también tiene sus ventajas.

La asignación es importante para las sociedades a causa de la naturaleza intrínseca del nivel del sistema social. La interacción acontece en los

sistemas sociales, y la interacción significa que hay por lo menos dos personas involucradas. Con más de una persona, surge el dato primordial de la escasez: siempre tiene que haber una división de los bienes. Esta división produce mecanismos de competencia y evaluación para ver quién consigue qué. Aunque se desarrollan roles especializados para llevar a cabo la asignación — para manejar la competencia y realizar la evaluación —, tal vez sea más interesante considerar que la asignación produce importantes dimensiones de cada rol social. Como los roles son los componentes básicos de las instituciones, podemos decir que la asignación y la integración brindan dos conjuntos básicos de instrucciones alrededor de las cuales se forman cada institución y organización.

Lo primero que se debe asignar, sugiere Parsons, son las disponibilidades, los "medios" para controlar la situación en sentido técnico. Tales medios son inherentemente escasos. Alimentos, vestimentas, vivienda, transporte, comunicación, herramientas: todo ello se puede asignar mediante mecanismos institucionales. Parsons describe el dinero y el poder como los medios más generalizados de intercambio y control y, por ende, los focos centrales del proceso de asignación. El dinero y el poder tienen un "status instrumental generalizado", son intrínsecamente escasos. La asignación de disponibilidades depende fundamentalmente, pues, de quién obtiene dinero y poder, cuestiones influidas tanto por los criterios morales, o normativos, que se establecen para la distribución, como por las restricciones externas que existen como obstáculos a este logro. Resulta claro, pues, que los procesos de asignación no son simplemente "materiales", a pesar de que están organizados alrededor del problema de los medios instrumentales. La asignación de disponibilidades implica reglas fundamentales acerca de la distribución de dichas disponibilidades. Por ejemplo, una agencia colectiva puede distribuir dinero a cambio de la realización de servicios públicos, como en el socialismo de Estado, o bien el dinero se puede distribuir mediante una competencia que permita a los individuos conservar todo lo que ganan, tal como lo dictan las reglas de la propiedad privada. Análogamente, hay diversos modos de organizar la distribución del poder. El poder se puede otorgar a las personas de acuerdo con cualidades particulares como la edad, la orientación religiosa, la raza o la fascinación personal (también se puede asignar según reglas estandarizadas, como en las burocracias, e incluso, en ciertas ocasiones, según el consenso de todos los que son afectados por el poder, como ocurre en los pocos sistemas que tienen asignación de poder democratizada.

Ahora hay que usar las disponibilidades así asignadas. Hay que juntar a las personas con dichas disponibilidades. Esto es lo que Parsons denomina "asignación de personal". Se trata de establecer reglas para los puestos que manejan las disponibilidades y de crear sistemas que permitan a las personas pasar sin fricciones de un puesto al otro. Aquí Parsons habla de educación, selección y designación. La educación es una fase temprana de la asignación de personal. El mercado laboral — la fase en que esas personas educadas "salen al mundo" en busca de puestos y salarios adecuados — es habitualmente la fase siguiente.

Al igual que con la asignación de disponibilidades, hay que establecer reglas básicas para la asignación de personal. Las normas acerca de la edad y el sexo siempre parecen ser criterios tácitos para estos procesos, aunque su importancia por cierto disminuye con la modernización. En términos más generales, la asignación de personal implica disputas donde el universalismo se enfrenta con el particularismo, y el logro con la atribución. ¿Hay que juzgar a las personas según pautas que se aplican igualmente a todos (universalismo), o las pautas tienen que estar adaptadas a grupos particulares (particularismo)? ¿Se deben otorgar puestos de acuerdo con el desempeño demostrado (logro) o según cualidades que parecen propias de una persona particular, como el trasfondo familiar, la religión o la raza (atribución)? Obviamente tiene que haber una relación estrecha entre las normas que rigen los procesos de personal y las que se han establecido para regir la asignación de disponibilidades. Si el poder se esgrime según reglas burocráticas, es improbable que se permita a la gente llegar a posiciones de poder a partir de rasgos personalistas como la posición familiar o la religión. Si un sistema político distribuye el poder democráticamente, causará problemas si los mercados laborales de los empleos políticos son muy afectados por criterios atributivos como la riqueza heredada o si el sistema educativo socializa a la gente de manera elitista y diferencial.

La tercera y última dimensión de la asignación descrita por Parsons es la de "recompensas". Aquí él tiene en mente, ante todo, un tipo especial de recompensa, el elemento simbólico del prestigio. Toda actividad, rol y logro en la sociedad es evaluado en términos de prestigio; por ello, se puede decir que el prestigio es "asignado" y que se recurre a criterios sistemáticos. El mismo objeto puede servir como recompensa simbólica y como disponibilidad. Como medio generalizado, por ejemplo, el dinero puede ser un valioso instrumento para controlar la situación, aunque al mismo tiempo el mero "tener dinero" puede resultar prestigioso al margen de lo que compre. El dinero, pues, puede ser tanto un medio (disponibilidad) como un fin en sí mismo (recompensa). El caso del dinero demuestra una vez más la interrelación entre las diversas dimensiones de la asignación. Si el dinero es crucial para la asignación de disponibilidades pero por razones culturales no es valorado como recompensa simbólica, quizá se produzcan menos disponibilidades para necesidades básicas de la sociedad. O, si el poder en cuanto disponibilidad es asignado según reglas burocráticas e impersonales, y la distribución del personal para el poder subestima los criterios atributivos como las conexiones familiares y las cualidades personales como la buena apariencia, los "contactos" y la buena figura no pueden constituir bases significativas para las recompensas simbólicas. Por el contrario, los criterios burocráticos como "hacer un buen trabajo" y la "objetividad" deberían volverse más prestigiosos y mejor recompensados en relación con las cualidades personales como la innovación y la imaginación.

El problema de la asignación de recompensas nos lleva a reflexionar más sobre los fines que sobre los medios, y nos impulsa hacia el dominio de los valores, la cultura y la personalidad. En el sentido de Parsons, el prestigio es el elemento interno y voluntario que concilia o aliena a la gente de los

procesos de asignación más objetivos relacionados con las disponibilidades y el personal. Al mismo tiempo, Parsons conecta los problemas de los fines y los valores con la relevante tarea social que es paralela de la asignación, a saber, la integración. El núcleo de la teoría de la integración social de Parsons se relaciona, de hecho, con la relación de las recompensas con la asignación de disponibilidades y personal. Trataré de explicar esta situación aparentemente contradictoria, y potencialmente confusa, en la parte final de esta clase; aquí me interesa explicar la teoría misma. Comienzo con una asombrosa paradoja: hay aspectos de la integración social que guardan muy poca relación con la evaluación subjetiva y las recompensas simbólicas. Detengámonos en ellos antes de pasar a problemas más subjetivos.

Parsons introduce el problema de la integración preguntando cuáles son las consecuencias de la asignación para el modelo típico ideal de un sistema estable. Esto es perfectamente legítimo, pues un modelo del equilibrio no compromete al teórico al equilibrio en sentido empírico. Sin embargo, hemos visto que desde el comienzo de su carrera Parsons a menudo confundía la estabilidad empírica con la existencia del nivel cultural en cuanto tal, una ecuación que reforzó su tendencia a reducir su posición multidimensional a una posición más idealista. Cuando observamos el modo en que Parsons trata los procesos de integración encontramos algo muy parecido. Hay un tratamiento amplio y complejo de cómo el interjuego entre recompensas simbólicas, personal y disponibilidades produce integración, pero apenas se tienen en cuenta los problemas de integración que surgen cuando los procesos más "objetivos" de las disponibilidades y la asignación de personal contrastan con los postulados de valor que modelan la distribución de recompensas. No obstante, como tantas cosas en la obra de Parsons, el potencial teórico de sus escritos supera su propia aplicación del concepto. Me explicaré (en mis propios términos) sobre algunos elementos de la teoría de la integración "objetiva". Cuando lo haga, creo que quedará claro que la diferenciación que hace Parsons entre disponibilidades y asignación de personal representa un avance considerable sobre otras teorías de la asignación objetiva. Combinada con la referencia a las recompensas, abre nuevas y más sistemáticas posibilidades para explicar la desintegración social.

Hay dos modos de entender los problemas de integración planteados por las disponibilidades y la asignación de personal. Primero, está el simple problema de la eficacia de cada sistema. ¿Cuán eficaz es la asignación de disponibilidades? ¿Se producen suficientes disponibilidades para satisfacer las necesidades de una población dada? En su sentido más obvio, este problema alude al consumo económico, el consumo de alimentos, vestimentas y vivienda. Pero también se aplica a las disponibilidades en el sentido de herramientas. ¿Están distribuidas las herramientas de un modo que permitan un eficaz funcionamiento de la división del trabajo? ¿Las personas que fabrican clavos disponen de suficiente hierro y acero y de las máquinas apropiadas? ¿Hay suficientes obreros para que los constructores de una sociedad edifiquen las escuelas y fábricas necesarias? Más aun, ¿es eficiente esta producción económica? ¿Está la investigación científica correctamente vinculada con las exigencias de la producción? Y en cuanto a la producción de

poder, ¿están los partidos políticos organizados de tal modo que puedan generar legitimidad y capacidad de respuesta? Las normas electorales, por ejemplo, se pueden vincular con el proceso de generación de poder; pueden alentar una multitud de partidos pequeños que erosionen la obtención de un consenso o, por el contrario, al desalentar los partidos pequeños pueden minar la capacidad de reacción de las "bases" ante problemas incipientes.

Las cuestiones intrasistémicas también pueden generar problemas de integración en la asignación de personal. ¿La gente recibe buena educación? ¿Se asigna suficiente dinero a la educación para que se puedan usar las disponibilidades básicas? ¿Existe una secuencia correcta entre las fases de la educación, una buena combinación de formación emocional y técnica? ¿Cuál es la relación entre la vida familiar y la escolar, y luego entre estas fases tempranas y los mercados laborales? Si las escuelas interfieren con las familias, por ejemplo, la asignación de personal puede resultar perjudicada. Podrían surgir problemas sociales como el divorcio, el alcoholismo, aun el suicidio. Estos son sólo algunos ejemplos de los problemas de integración que puede plantear una ineficaz asignación de personal.

El segundo nivel de estos problemas "objetivos" de integración —los planteados por la asignación de disponibilidades y personal— concierne al problema de la coordinación entre estos procesos de asignación. Aquí no nos interesa si la gente tiene una buena educación, sino si el sistema educativo suministra las personas adecuadas para las disponibilidades existentes. Si la economía demanda cada vez más personas con formación técnica cuando los educadores no tienen el dinero ni el deseo de abocarse a la educación técnica, pueden surgir serios conflictos de asignación. Es lo que ocurre hoy en los Estados Unidos. La economía internacional demanda una creciente asignación de herramientas científicas, pero los mercados laborales norteamericanos desalientan tanto a los docentes que resulta difícil hallar buenos profesores de ciencia y matemática. Otro ejemplo de mala integración entre los disponibilidades y el personal concierne a la manera en que el sexo se transforma en criterio normativo para la asignación de personal. La economía de los Estados Unidos requiere mujeres con educación elevada, pero el sistema de asignación de personal encomienda a las madres el cuidado de los niños. Algunas mujeres con educación elevada son expulsadas de la economía hacia la posición de niñera, mientras que las que permanecen en el reino de las disponibilidades a menudo tienen impedimentos para participar con eficacia en la socialización de los niños. La institucionalización del cuidado diurno de niños podría ser una solución para este problema, pero en los Estados Unidos no hay procesos eficaces para alentar el cumplimiento de este rol. Se podrían citar muchos otros ejemplos de la mala coordinación entre disponibilidades y personal. Por citar uno más, mientras que la sociedad norteamericana brinda significativos incentivos a los abogados, en el nivel del personal, la producción de disponibilidades funcionaría con mayor eficiencia si muchos aspirantes a abogados estudiaran administración, ingeniería o educación.

La mayor parte de las teorías sociales se concentran precisamente en estas amenazas "objetivas" a la integración social. Marx describió el crecien-

te conflicto entre la reproducción de la mano de obra (personal, en términos de Parsons) y la producción económica (disponibilidades). Argumentaba que había una contradicción básica entre las fuerzas capitalistas de producción, que demandan cada vez más capital y técnica científica, y las relaciones capitalistas de producción. Creía que las leyes capitalistas de acumulación privada y competencia expulsan así a crecientes cantidades de obreros empobrecidos y capitalistas en bancarrota de la producción, de modo que la reproducción del poder laboral (la asignación de personal) se vuelve al fin imposible. Marx es tal vez el mayor ejemplo de esta concentración teórica en las causas objetivas de la inestabilidad, pero de ninguna manera el único. Como la sociología es una disciplina destinada a resolver problemas, sus preocupaciones siempre han tendido hacia lo objetivo y lo práctico. El gran mérito de Parsons es que, a pesar de su tendencia a idealizar la integración, su teoría estructural-funcionalista conceptualiza estos aspectos objetivos de la asignación de modo más preciso y sistemático. Aun así, los más interesantes avances teóricos de Parsons se encuentran en el área de la integración cultural.

El problema de la mayoría de las teorías sociales es que procuran situar el desequilibrio en el nivel meramente instrumental. Las tensiones que acabo de describir acontecen en este nivel, dentro de cada sistema de asignación y entre los diferentes sistemas: estas presiones de asignación no se relacionan directamente con los valores y producen presiones que —tomadas en sí mismas— tienen una fuerza externa y objetiva. Pero si las que reaccionan ante estas presiones son personas, es inevitable interpretar estos problemas de asignación más "estructurales" mediante normas. Así, aunque al aplicar su teoría de la integración Parsons restaba énfasis a los aspectos instrumentales, tenía mucha razón al insistir en la importancia del tercer proceso de asignación, el más subjetivo, el proceso de las recompensas. Parsons afirmaba que las necesidades más profundas de la gente no se relacionan con objetos instrumentales sino con el amor y el respeto y que, por esta razón, la gente quiere recompensas simbólicas. Las recompensas contribuyen a una asignación estable porque ligan la distribución objetiva con los valores últimos de los seres humanos. Una lectura idealista de esta proposición sugeriría que las recompensas pueden, pues, mediar efectivamente en —conciliar a la gente con— cualquier asignación de disponibilidades subjetivas. Una lectura más multidimensional sugeriría simplemente que la asignación de prestigio es siempre un factor en la integración. Aunque el propio Parsons a menudo favorece una lectura idealista, su teoría de la asignación de recompensas es, en principio, un nuevo paso hacia la posición multidimensional.

Examinemos primero la relación entre las recompensas simbólicas y la asignación de disponibilidades. Tiene que haber una "reciprocidad experimentada" entre ambas: los individuos tienen que sentir que la relación entre disponibilidades y recompensas es "correcta". Las posiciones que brindan a la sociedad bienes vitales, sean económicos o políticos, deben recibir suficiente respeto —en prestigio o en símbolos de prestigio como el dinero— para garantizar que sus tareas se realicen con eficacia. Sin embargo, en las

sociedades capitalistas suele haber una gran brecha entre las recompensas y la asignación. La pericia productiva, por ejemplo, es a menudo controlada por profesionales que tienen una elevada educación pero no controlan las fuentes de dinero. En consecuencia, expertos que son cruciales para la producción de disponibilidades a menudo se consideran mal recompensados. Los roles como el de obrero de fábrica o asistente sanitario, desde luego, reciben mucho menos dinero y respeto, y su experiencia de insatisfacción suele ser relativamente grande. Pero, mientras quienes ocupan estos roles contribuyen a la asignación de maneras básicas, como trabajadores individuales ejercen mucho menos poder y responsabilidad que los profesionales. Sólo cuando suman su poder de asignación mediante organizaciones colectivas como los sindicatos pueden manifestar su importancia funcional. Después de la agremiación, se empieza a tener en cuenta la tensión entre la asignación de disponibilidades y recompensas para la mano de obra no calificada.

También podemos examinar la reciprocidad funcional en términos de la asignación de poder. Esta asimetría a menudo dificulta la contratación de personas talentosas en el Congreso, una falla que a la vez resta eficiencia a la producción de poder. Pero la falta de reciprocidad entre las disponibilidades y las recompensas también puede ser inversa. El prestigio a menudo excede las tareas productivas que se realizan. Las estrellas de cine, los atletas y los "ricos ociosos" reciben grandes recompensas pero hacen muy poco por la sociedad en general en términos de producción de disponibilidades, aunque se podría argumentar que las dos primeras profesiones desempeñan un importante papel en la asignación de personal al brindar modelos de rol.

Si las recompensas no pueden coordinar efectivamente la producción y distribución de disponibilidades, se produce un desequilibrio. ¿Qué hace un sistema social para impedir tal conflicto, para mantener la integración de disponibilidades y recompensas? Como la que establece pautas acerca de la conducta deseable es la cultura, aquí se trata de la relación entre la cultura y el sistema social. La cultura produce expectativas acerca de la distribución de prestigio, y las expectativas más cruciales a la vez se concretizan en leyes. Las leyes de propiedad, por ejemplo, son factores decisivos para establecer la relación entre las diversas actividades productivas y la recompensa monetaria. Los sistemas puros de propiedad privada permiten una gran distancia entre el dinero y la pericia; a través de la herencia podemos poseer los medios de producción y las consiguientes ganancias sin haber realizado ningún logro personal. En un sistema tal, los artistas, escritores y científicos pueden producir gran valor para una sociedad pero, si no pueden transformar sus productos en propiedad, no recibirán una apropiada recompensa monetaria.

Los sistemas puros de propiedad privada se basan en una cultura de individualismo extremo. En la medida en que una cultura cobre un rumbo más igualitarista o colectivista, las recompensas se distribuirán de otro modo. Las leyes progresistas de impuesto a la renta, por ejemplo, procuran garantizar una relación más integradora entre las recompensas y los logros. Al imponer mayores gravámenes a los ingresos más altos, garantizan que la ri-

queza heredada se reduzca más que la riqueza relacionada con los logros. Las leyes de sucesión avanzan aun más en esta dirección. Desde luego, podemos enfocar las leyes concernientes a la propiedad, los impuestos y la herencia tanto desde el punto de vista de la integración como desde el de la asignación. Si nos interesa exclusivamente la eficiencia en la asignación, podemos ofrecer muy altas recompensas por los logros innovadores, al margen de las consecuencias poco igualitarias. En otras palabras, podemos reducir el nivel de los gravámenes sobre las grandes fortunas en la medida en que esa fortuna se gane mediante logros productivos. Por otra parte, si nos interesa la integración social, podemos reducir la producción de asignaciones para alcanzar mayor igualdad y menos conflicto social. El debate entre conservadores y liberales acerca del Estado benefactor gira precisamente sobre esta oposición integración-asignación. La historia demuestra que una concentración excluyente en la producción de medios (disponibilidades) a expensas de los fines (recompensas) no sólo crea conflicto sino que eventualmente erosiona la asignación de medios. Al mismo tiempo, los países capitalistas que han gravado a los empresarios con tasas del 60 por ciento y más (como la socialdemocracia sueca) han descubierto que esto también tiene sus contratiempos. La integración alcanzada puede surtir un efecto deletéreo en la producción, y este problema de asignación a menudo repercute a la vez en la integración social.

Desde luego, añadiré que el dinero y las leyes relacionadas con el dinero distan de ser las únicas formas que cobra la asignación de recompensas. El prestigio se manifiesta de maneras más efímeras pero no menos efectivas. Desde el siglo pasado, por ejemplo, el crecimiento de valores más igualitarios ha logrado quitar a los "ricos ociosos" más prestigio que propiedades. Este cambio en la asignación de prestigio por cierto ha contribuido a reequilibrar el sistema capitalista tanto como los cambios en la distribución de ingresos.

La relación entre recompensas y asignación de personal también está sujeta a la mediación y el control culturales. En la medida en que los valores culturales se orienten más hacia el logro y menos hacia las ideas aristocráticas de las cualidades atribuidas o innatas, los procesos que procuran subordinar la selección de personal a los intereses particularistas — como los cupos raciales o religiosos — son objeto de mayor duda. Las consideraciones atributivas en la asignación de personal son, por cierto, casi imposibles de eliminar por completo. Por ejemplo, el hecho de haber nacido en una familia de clase alta o baja casi siempre tendrá algún efecto, por muy abierto que sea el reclutamiento de adultos o estudiantes, y el nacimiento se relaciona obviamente con la suerte y no con los logros personales. Aun así, toda desproporción significativa entre los criterios empleados en la selección de personal y la distribución de recompensas crea una sensación de injusticia, y quienes creen que han sido injustamente recompensados a menudo se apartan de los procesos de asignación o se oponen activamente a ellos. Las consecuencias negativas para la integración son potencialmente enormes, y el ejemplo proverbial es una revolución emprendida por el grupo oprimido, víctima de discriminación.

Aquí debemos formular dos advertencias. Primero, todo proceso de personal se puede encarar desde el punto de vista de la asignación y desde el de la integración, un hecho que complica enormemente la resolución de las tensiones sociales. La educación con cursos más intensos para alumnos más talentosos, por ejemplo, procura en parte satisfacer el fin de la igualdad; la idea era otorgar mayor movilidad social a personas inteligentes e industriosas pero de baja condición social, al permitir que niños con mejor desempeño recibieran atención especial. Pero dicha educación también se inició porque brindaba un medio para formar al personal más capaz de modo eficaz y efectivo. Los esfuerzos para eliminar dicho sistema en nombre de valores más radicalmente igualitarios deben enfrentar esta doble condición, pues pueden atentar contra la mejor formación del personal de la sociedad. La "acción afirmativa" destinada a favorecer a las minorías étnicas en las contrataciones presenta una ambigüedad similar. Los criterios de contratación sufren la influencia de preocupaciones vinculadas tanto con la asignación como con la integración. La acción afirmativa nació como un vehículo para la justicia social luego de los disturbios raciales de la década de 1960. A fines de la década de 1970, el respaldo "integrador" para la acción afirmativa empezó a desvanecerse; los valores culturales habían cambiado, y en tiempos de crecientes restricciones económicas los problemas de asignación cobraban mayor importancia. En la decisión Bakke de la Corte Suprema se justificó la acción afirmativa sólo según criterios de asignación. La corte arguyó que la educación sería más "efectiva" si era racialmente más igualitaria, no que sería más justa. Se sugería, por ejemplo, que la educación profesional requiere una amplia base étnica para que los servicios profesionales encaren efectivamente los problemas de una sociedad diversificada.

Mi segunda advertencia acerca de la relación asignación/integración alude al factor suerte. La buena apariencia, la coordinación física, la altura, el peso y la inteligencia heredada suelen estar distribuidas al azar. Pero cada uno de estos atributos pesa en los procesos de asignación. Por lo tanto, quizá sea cierto que ni siquiera el sistema social más justo puede eliminar la sensación de injusticia de la sociedad.

Pero Parsons no escribe acerca de la integración sólo en relación con estos "procesos de equilibrio" automáticos que se producen entre las tres dimensiones de la asignación. También conceptualiza la integración como el trasfondo contra el cual funcionan tales procesos y como el tribunal de última apelación cuando fracasan. La socialización de los niños, señala, crea un importante marco limitativo para las expectativas. Parsons y Shils expresan esta idea de un modo que, una vez más, puede desalentar la esperanza de un igualitarismo radical.

El proceso de socialización en la familia, la escuela, los grupos de juego y la comunidad focaliza las disposiciones de necesidad de tal modo que el grado de incompatibilidad de las aspiraciones activas y los reclamos de objetos sociales y no sociales se reduce, en "condiciones normales", a la tarea habitualmente realizable de hacer asignaciones

entre sectores de la población cuyas aspiraciones no superen en mucho aquello que reciben.¹

En otras palabras, la socialización forma personalidades antes de que ingresen en los tensos procesos de asignación y las disputas por la integración. Configura el trasfondo de estos procesos de dos maneras. Primero, brinda las categorías básicas de identificación y comunicación sin las cuales estos procesos sociales específicos serían caóticos y aun incomprensibles, categorías de objetos humanos y no humanos como bien y mal, masculino y femenino. Segundo, brinda una especie de ciclo de realimentación que remite la mala integración a la conducta social, que puede conciliar a las personas con la tensión de los roles recibidos. Las desigualdades de clase, por ejemplo, pueden convertirse en fuente de socialización, brindando los marcos esperados de interpretación en vez de los objetos externos que ataca la interpretación. De este modo, la estratificación puede volverse tan normalizada que la defensa de justicia entre clases puede convertirse en fuente de desequilibrio y desvío.

A menudo, desde luego, la reciprocidad funcional se deteriora y la socialización no cumple su tarea fatalista. En tales casos la desintegración se enfrenta, en palabras de Parsons, con los órganos de la "interpretación autoritaria y aplicación". Aquí se refiere al sistema legal y las fuerzas coercitivas de la policía y el Estado. Para que una sociedad permanezca unida, hay que obligar a las personas e instituciones antagónicas a someter sus conflictos a las reglas defendidas por agencias de control designadas oficialmente, y estas reglas se deben imponer quiéranlo o no las partes en conflicto. Toda sociedad se reserva el derecho de exilar, encarcelar e incluso asesinar a aquellos a quienes no puede inculcar la "cooperación". En este comentario final sobre el proceso del sistema social vemos de paso, una vez más, cuán entremezclados están, empíricamente, los conceptos analíticos de Parsons. Es claro que el sistema legal opera simultáneamente en cada uno de los dominios que Parsons ha diferenciado analíticamente. La ley administrativa y comercial atiende a la asignación de disponibilidades; la ley de propiedades tiene aspectos asignativos pero también es crucial para la distribución de recompensas; la ley penal regula la capacidad de desagravio último correspondiente al Estado. Más aun, en definitiva, toda ley tiene una dimensión coercitiva, pues está diseñada para operar aunque las recompensas culturales no hagan de la integración un proceso voluntario, intrínsecamente atractivo.

Antes de pasar a algunos casos donde Parsons aplica este tremendo esquema de abstracción teórica, bien podemos regresar a una simple reflexión que sugerí al principio de la clase de hoy. Un modo de encarar esta detallada conceptualización de los procesos del sistema social consiste en ver-

¹ Parsons y Shils, "Values, Motives, and Systems of Action", en Parsons y Shils (comps.), *Towards a General Theory of Action* (Nueva York: Harper and Row, 1951), pág. 197.

la como la elaboración de los componentes de un rol social ideal, típicamente institucionalizado. En vez de decir simplemente que cada rol implica normas, sanciones y recompensas, ahora estamos en posición, dada la detallada teoría estructural-funcionalista, de especificar a qué se refieren estas categorías. Cada rol, por ejemplo, está definido en relación con su parte en la asignación de disponibilidades: se debe articular con las "herramientas" que suministra su status. Más aun, la competencia que un rol requiere para el uso de sus disponibilidades se debe coordinar con los requerimientos que estipula para ingresar en su status en primer lugar. Además, cada rol debe instituir símbolos de prestigio que recompensen estos procesos de buen desempeño y competencia, y debe definir sanciones que entrarán en juego si no se alcanza el éxito. Cada rol tan complejamente definido debe, por último, fundirse con toda la gama de roles con los que el sistema social lo hace interactuar. No es asombroso que, en cualquier sociedad, las probabilidades de un pleno cumplimiento de los roles parezcan tan reducidas y que las fuentes de desvío sean tan omnipresentes.

Esta imagen de un sistema social exigente, incluso rudo e imperioso, está de acuerdo con los matices ideológicos críticos que informa la obra temprana e intermedia de Parsons. Antes vimos que Parsons era sensible a los graves desequilibrios de la sociedad contemporánea y que se proponía hallar un modo no individualista de explicarlos (y resolverlos). Más aun, no deseaba hacerlo sólo por razones teóricas y científicas, sino porque creía que el individualismo radical y la competencia desenfrenada — considerados como normas de conducta práctica más que como presuposiciones científicas — eran fuentes primordiales de trastorno en las sociedades occidentales (véase, por ejemplo, mi comentario acerca de las consecuencias desintegradoras que tiene el individualismo en la reciprocidad entre disponibilidades y recompensas). Así como una teoría antiindividualista podía rectificar el problema científico, una conducta menos individualista y más colectivista podía ayudar a rectificar el problema social. A continuación examinaremos dos ejemplos donde veremos que Parsons usa su teoría colectivista no sólo para explicar sino también para atacar encubiertamente el individualismo competitivo de la vida occidental del siglo veinte. En la próxima clase, veremos que Parsons, irónicamente, llegó a creer que su nueva teoría antiindividualista, junto con los desarrollos típicos de la sociedad de posguerra, permitían la solución de estos problemas sociales.

Para nuestros propósitos, los dos ensayos empíricos más importantes que Parsons publicó entre 1937 y 1950 son "Democracia y estructura social en la Alemania prenazí" (1942) y "~~Ciertas fuentes primarias y patrones de agresión en la estructura social del mundo occidental~~".² Durante mucho tiempo se los ha juzgado trabajos empíricos seminales y se los ha estudiado por su singular percepción de los problemas. Aquí me gustaría relacionarlos

² Talcott Parsons, "Democracy and Social Structure in Pre-Nazi Germany" (1942), págs. 104-123, y "Certain Primary Sources and Patterns of Aggression" (1947), págs. 298-322, en Parsons, *Essays in Sociological Theory* (Nueva York: Free Press, 1954).

con las más amplias cuestiones teóricas e ideológicas que hemos comentado hasta ahora. Primero mostraré cómo se los puede comprender en términos del detallado modelo funcional-estructuralista presentado más arriba, a pesar de que Parsons mismo nunca explicitó esta relación. Además mostraré que es posible relacionar estos ensayos con los más amplios desarrollos teóricos e ideológicos de la obra de Parsons que he comentado anteriormente.

Como el ensayo sobre la agresión brinda un marco general dentro del cual situar las observaciones de Parsons sobre Alemania, lo trataré primero. Parsons escribió este ensayo después de la Segunda Guerra Mundial, el devastador conflicto que puso freno a las patológicas tendencias que habían alentado la teorización de Parsons en la entreguerra. Su finalidad consistía en explicar el porqué de esta patología, por qué la sociedad occidental había llegado al borde de la destrucción masiva. Se trataba de un verdadero desafío para su teoría de los sistemas sociales. ¿Podía explicar los problemas que habían causado su creación?

Parsons primero describe las tremendas tensiones de asignación de las sociedades occidentales. Para la producción de disponibilidades, las naciones occidentales han desarrollado mecanismos muy especializados y diferenciados que enfatizan la eficiencia, la pericia y la tecnología. Pero para alcanzar esta extraordinaria capacidad de adaptación, la organización de las instituciones productivas, como la factoría industrial y el Estado burocrático, debe ser resueltamente impersonal. Parsons sugiere que esto ha tenido profundas consecuencias en la asignación de personal. La exigencia de eficiencia impersonal sólo se puede satisfacer si la esfera íntima del amor y del afecto está radicalmente separada de la esfera del trabajo. La familia se "especializa" en emociones, y la "oficina" asume un rol afamiliar, a menudo hostil. Para aumentar la eficiencia, la regulación normativa de la vida laboral se vuelve puramente universalista y orientada hacia los logros. Los criterios para la contratación de personal también deben ser despersonalizados para acomodarse a estas nuevas demandas de asignación. Para formar al personal en tareas impersonales, en algún punto del proceso de formación y socialización tiene que haber un crudo rechazo de la vida familiar, que es difusa y emocional. La concreción de esta ruptura radical parece ser una función latente de la escuela formal y la escuela informal de los "golpes duros", y ambas apartan a los niños cada vez más del hogar. Parsons sugiere que esta ruptura emocional es lo que hace de la adolescencia un periodo tan difícil. Así, mientras el adiestramiento de personal puede asignar disponibilidades con eficacia, hay un alto precio en términos de personalidad. La exigencia de represión emocional y despersonalización crea frustraciones que eventualmente pueden tener efectos negativos en la misma asignación de personal.

La asignación de recompensas, cree Parsons, no puede superar estas tensiones. Primero, la primordial escasez de recompensas aumenta la inseguridad mientras encauza efectivamente los disponibilidades y la contratación. No menos importante, un sistema que enfatiza la eficiencia en la asignación solo puede dar recompensas por los logros. La pregunta siempre será: "¿Qué ha hecho usted últimamente?" Así, mientras las recompensas

pueden reforzar los procesos de asignación, sirven para aumentar la inseguridad y la frustración en el nivel de la personalidad individual. El hecho de que los puestos se otorguen de manera competitiva significa que una persona, al margen de las recompensas que haya adquirido previamente, siempre corre peligro de perderlas. El énfasis del sistema de disponibilidades sobre la tecnología y la capacidad cognitiva significa además que la capacidad que una persona ha desarrollado para obtener ciertas recompensas corre el constante peligro de volverse obsoleta.

Ante tales tensiones, es obvio que la integración está en jaque en las sociedades occidentales. Parsons demuestra que los procesos de asignación han establecido relaciones entre roles que son intrínsecamente frustrantes. El sistema de personalidad del "yo" no puede obtener lo que necesita del "otro": en términos sistémicos, de las oportunidades que brindan los roles en las sociedades occidentales. Por nuestros comentarios anteriores, sabemos que un rol insatisfactorio crea desvíos. En las sociedades occidentales, según Parsons, este desvío institucionalizado se produce de la siguiente manera. La personalidad enfrenta la angustia y la frustración propias de estos procesos de asignación mediante los mecanismos de defensa de la proyección y la externalización. En vez de permitir que el actor comprenda las raíces de esta frustración, estos mecanismos de defensa permiten que la personalidad "culpe" a fuentes erróneas. La personalidad occidental busca chivos expiatorios en grupos sociales impopulares, culpándolos de crearle angustia. Para "explicar" sus problemas, las gentes crean ideologías que afirman la agresión injustificada de fuerzas que ellas pueden controlar potencialmente, y la reacción "racional" ante esto es una nueva agresión. La agresión, piensa Parsons, se ha convertido en modalidad predominante de interacción en las sociedades occidentales. La mala integración de los sistemas sociales occidentales produce lo que él llama "agresión flotante".

¿Cómo pueden enfrentar esta situación los procesos integradores? Como ya he mencionado, Parsons es pesimista respecto del sistema de recompensas. Desde luego, a menudo la busca de recompensas puede brindar un alivio relativamente inofensivo para la agresión flotante, sea corriendo atrás de una pelota o tratando de ganar dinero. Pero cada una de estas actividades puede brindar no sólo gratificación sino privación. A la creencia de que el dinero compra la felicidad se opone el igualmente difundido reconocimiento de que "el dinero no puede comprar el amor". Parsons cree que los sistemas culturales, sin embargo, han descubierto un modo de dirigir las recompensas que permite reencauzar la agresión, aunque no eliminarla. La lealtad familiar y la moralidad comunal impiden que las personas descarguen su agresión contra grupos e instituciones con los que han establecido relaciones estrechas. Pero quienes están fuera de esta comunidad — aquellos a quienes la moralidad social no designa explícitamente como "amigos"— quedan así legitimados como blancos de la agresión. Estos objetos externos de la agresión son el proverbial "otro", la clase o grupo étnico, racial o nacional al cual se considera diferente y al cual, por lo tanto, se desprecia.

Avénguar cuáles grupos son éstos es descubrir la estructura del con-

texto social moderno. Para ello, arguye Parsons, debemos regresar al sistema de asignaciones. ¿Qué clase de agrupamientos por intereses racionales se han estructurado a través de la asignación de disponibilidades, personal y recompensas? Sean cuales fueren estos conflictos de intereses, tendrán la patina de las potentes e inconscientes emociones agresivas.

¿Pero qué ocurre con el trasfondo de la integración, la socialización y el tribunal de última apelación, los cuerpos de interpretación autoritaria y aplicación de la autoridad? Sin duda, la socialización permite cierta reducción de los conflictos al brindar las "categorías de identificación" básicas y mínimas dentro de las que acontece toda interacción. Sin embargo, es posible que la socialización no aporte mucho más que esto. Parsons describe los difíciles hiatos que enfrenta la socialización cuando el hogar y la familia se dividen abruptamente, y cómo la socialización produce conflictos emocionales que acentúan la desintegración en vez de atenuarla. Según Parsons, esto se exacerba a causa del papel que desempeña el sexo. Dado el énfasis masculino de las sociedades premodernas, cuando surgió la moderna división entre familia y trabajo fueron los hombres quienes asumieron la tarea impersonal y altamente recompensada de la producción de disponibilidades, mientras que las mujeres tomaron control exclusivo de las emociones y el hogar. Esta más radical división sexual del trabajo aumenta las tensiones que implica la socialización discontinua. Para los varones, los primeros objetos de identificación intensa son casi exclusivamente femeninos. Cuando los varones llegan a la adolescencia, pues, no sólo tienen que desarrollar disposiciones de necesidad más impersonales y represivas (lo cual se consigue mediante la identificación con el adulto de su propio sexo) sino que para ello deben reprimir una importante identificación sexual de su vida anterior.

Las dificultades enfrentadas por otros aspectos del moderno sistema de integración otorgan mayor importancia a instituciones coercitivas como los tribunales y la policía. Parsons no niega, *prima facie*, la capacidad de tales instituciones para manejar la situación desestabilizadora, pero evalúa su eficacia prestando más atención al lugar y el tiempo específicos. Así como el blanco de la agresión flotante de un grupo depende de la formación social particular, también la autoridad y el poder de las instituciones de control social sólo se puede decidir examinando la situación estructural y cultural de un sistema social dado. Con ello en mente, volvemos a la Alemania pre-nazi.

Al comentar los problemas de asignación de Alemania antes de la Segunda Guerra Mundial, Parsons profundiza su análisis sistémico de las causas de la agresión y las especifica históricamente. Comenta el desarrollo del Estado burocrático, el surgimiento de mercados capitalistas en gran escala, la creciente complejidad de las relaciones sociales y el crecimiento de la ciencia moderna. Parsons cree que cada uno de estos factores aumenta la producción eficiente y la asignación de disponibilidades, pero que también contribuye a la creciente impersonalidad del trabajo y a la división entre oficina y hogar. Sin embargo, la más importante innovación de Parsons en este ensayo es su énfasis en la polarización que producen estos procesos de

asignación. Cree que en Alemania se desarrolló una versión más extrema de lo que ocurrió en todo Occidente: la sociedad quedó dividida en un sector "moderno" que estaba profundamente involucrado en estructuras recientes, impersonales y racionalizadas, y un sector "tradicional" que se oponía a ellas. Los grupos tradicionalistas experimentaban gran angustia por la disolución de las viejas pautas, y enfatizaban el fin de la certidumbre religiosa, la destrucción de la simplicidad rural y la pérdida de la estabilidad económica. El sector modernista experimentaba angustia a causa de su posición vulnerable en el filo cortante de la racionalización. Esta polarización volvía relativamente ineficaces las recompensas, pues las recompensas mismas seguían las grietas creadas por esta división de las asignaciones. Un grupo nuevo como la clase obrera industrial alemana entendía que aún no había recibido su parte; un grupo más viejo como los pequeños granjeros entendía, por el contrario, que estaba perdiendo prestigio y seguridad económica en comparación con el grupo obrero. Parsons sugiere además que el sistema alemán de recompensas estaba estructurado de manera exageradamente jerárquica. A pesar del deterioro de su posición objetiva, la vieja aristocracia alemana conservaba buena parte del control de los símbolos del prestigio y los privilegios. En consecuencia, sus miembros experimentaban superioridad y privación al mismo tiempo. Los miembros de la clase industrial, por otra parte, experimentaban un aumento del control sobre las disponibilidades pero se sentían privados de un acceso igualitario a los símbolos del prestigio.

Ningún grupo de la sociedad alemana estaba satisfecho con su suerte. Estas tensiones inusualmente grandes entre los sectores modernizadores y tradicionales facilitaron la creación de chivos expiatorios. Cada grupo estaba frustrado y cada cual externalizaba su frustración como agresión contra los que definía como "criminales". Para la izquierda modernizante — obreros, intelectuales, científicos, comunistas — los chivos expiatorios eran los grupos de la vieja Alemania, la aristocracia, la clase media baja, los líderes religiosos, y segmentos de la nueva clase alta que se había aliado con ellos. Para la derecha tradicionalista, los chivos expiatorios eran los socialistas, los intelectuales, los científicos y los judíos. Estaba montado el escenario para una batalla a muerte.

Para colmo, en la situación alemana esta batalla no se podía evitar mediante la socialización o el control social. Las familias alemanas estaban aun más privatizadas y centradas en miembros femeninos que las de otras naciones occidentales. El culto compensatorio de la masculinidad que se afirmó en las instituciones de asignación fue pues más pronunciado. Este exagerado lazo sexual, a la vez, volvió aun más discontinua la socialización. Estos resultados se encuentran en las conocidas ideologías de la reacción alemana: las configuraciones fantasiosas del romanticismo, la añoranza escapista de los viejos tiempos. Otros patrones del sistema cultural alemán minaron aun más su potencial integrador. El énfasis tradicional en la jerarquía creó, ante la modernización, un patrón de formalismo interpersonal que, aunque brindaba una semblanza de continuidad, alentó una rígida resistencia ante los desarrollos igualitaristas. Al dar pleno respaldo a esta au-

toridad formal, el luteranismo alemán por cierto apoyó la "integración" de corto plazo, pero su pasiva adaptación a esta autoridad mundana alentó la neutralidad dogmática que imposibilitó la reforma social y la integración de largo plazo.

Para que el control social funcione en semejante situación, se debe ver a los abogados, jueces y policías como partes legítimas y neutrales. El problema, desde luego, era que las mismas presiones que polarizaban el sistema de asignaciones minaban la neutralidad del sistema alemán de control social. Antes de la Primera Guerra Mundial, la aristocracia prusiana mantenía un sistema político reaccionario que no contaba con el respeto ni con la obediencia de los grupos modernistas. En la entreguerra, durante la democrática República de Weimar, los grupos tradicionalistas entendieron que los papeles se habían invertido. Como no podían aceptar la legítima autoridad del *establishment* legal "modernista", el sistema de control social no tenía modo de adjudicar, o aun reprimir, los conflictos cada vez más agresivos de la sociedad alemana. El resultado es historia: la ruptura del equilibrio y una revolución de derechas. Podemos ver las revoluciones como esfuerzos radicales para restaurar el equilibrio, para establecer estructuras de asignación e integración más acordes con las condiciones reales de la vida de una sociedad. La revolución nazi restauró, a un costo enorme, ciertos vestigios de la unidad y la integración alemanas. Con los enemigos internos eliminados por la fuerza, la remilitarizada nación alemana volcó su agresión hacia las naciones occidentales que consideraba responsables del orden moderno que tanto despreciaba. La estabilidad interna del Tercer Reich estaba intrínsecamente ligada con el éxito de esta lucha contra los chivos expiatorios extranjeros.

La teoría de la modernidad triunfante

En el período intermedio de su carrera, Parsons elaboró una teoría estructural-funcionalista del funcionamiento de los sistemas sociales; para él, esto significaba una teoría acerca de lo que requieren los sistemas para estar en equilibrio. Quiero subrayar que en gran medida esta teoría cobra la forma de un modelo. Es una imagen simplificada de la sociedad; tiene que serlo, pues intenta hablar de la relación precisa que existe simultáneamente entre muchos factores. Aunque se basa en un vasto repertorio de conceptos y definiciones y está informada por una profunda sensibilidad empírica, no constituye una descripción fáctica o empírica de la sociedad en cuanto tal. En principio, semejante modelo no impulsa al observador hacia la estabilidad empírica ni hacia el cambio, ni hacia una visión positiva ni aprobatoria de una sociedad en particular, ni hacia una visión crítica y negativa. Esta insistencia en el carácter abstracto del modelo de Parsons no contradice mi sugerencia, expresada hacia el final de mi última clase, de que Parsons procuraba dar concreción a su modelo haciendo una gama de compromisos más específicos.

En los ensayos de 1937-1950, Parsons logró articular una exposición cabal y comparativa de la sociedad capitalista del siglo veinte. Esta teoría históricamente específica resultó ser profundamente pesimista, pues conceptualizaba las naciones occidentales como sistemas cuyos procesos estructurales básicos producían inexorablemente tensiones autodestructivas. Desde la perspectiva de este análisis del período intermedio, la Alemania prenazí era menos un caso anómalo de desvío que un resultado muy típico. Sin duda Parsons había cumplido la ambición que había inspirado su *Estructura de la acción social*. Había superado la teoría liberal decimonónica y sus supuestos acerca de los mecanismos autorregulatorios automáticos.

Pero la ambición de Parsons no consistía sólo en crear una teoría más capaz de explicar los colapsos y conflictos sociales. También deseaba crear una teoría capaz de conceptualizar una sociedad que no corriera ese riesgo constante, una teoría que contribuyera a formar dicha sociedad. El otro aspecto de su ambición teórica era pues positivo. Deseaba reemplazar el utilitarismo y el idealismo no sólo porque sus fáciles supuestos acerca del individualismo y la racionalidad no lograban explicar la disolución social, sino también porque no podían sostener una imagen convincente de la armonía social. Con su teoría estructural-funcionalista, Parsons aspiraba a dar no sólo un retrato más realista de la destrucción de la razón y la individualidad

... un modelo más sólido y duradero para mantenerla. Una teoría como el utilitarismo, que daba por sentados la acción racional y el orden voluntario, era incapaz de explicar la muerte de ambos. Sólo una teoría que comprendiera que la individualidad y la razón eran productos sociales podía explicar y comprender el colapso y la supervivencia de ambas. Si la teoría de Parsons podía abordar el mundo en toda su complejidad —reconociendo el interjuego de subjetividad y objetividad, individualidad y control social— quizá pudieran concretarse las esperanzas liberales de Parsons acerca del progreso social basado en la razón y la integridad individual.

El trabajo del período intermedio de Parsons no estuvo a la altura de esta ambición más positiva. No había usado su teoría para explicar cómo se podían mantener la racionalidad y la autonomía. La segunda posguerra de la sociedad occidental le dio una oportunidad para hacerlo. Se trataba de un período inusualmente estable y optimista en la historia del siglo veinte, y los Estados Unidos emergieron de la guerra como la sociedad industrial más democrática y estable del mundo. La teorización de Parsons respondió a esta nueva situación. Aclaremos que no se convirtió de buenas a primeras en Mary Poppins; su modelo del equilibrio continuó sensibilizándolo para las fuentes profundas y constantes de tensión social. Aun así, su teoría sufrió profundas modificaciones en la posguerra. Antes de 1950, había hablado de "Occidente" con voz crítica, tomando a Alemania como su representante más cabal, aunque más deprimente. Después de 1950 hablaba de la sociedad "moderna" y la identificaba con el vigor y la estabilidad que veía en los Estados Unidos. Los Estados Unidos, no Alemania, se convirtieron en "prototipo" para cualquier análisis social de la modernización occidental. Las naciones fascistas eran casos de desvío, al igual que las sociedades que habían surgido de la guerra como Estados industriales comunistas.

En términos ideológicos, este cambio de perspectiva representa una transición de un liberalismo crítico a un liberalismo relativamente complaciente. Los Estados Unidos y otras sociedades capitalistas democráticas habían entrado en la Guerra Fría, y sus ciudadanos defendían los patrones de desarrollo social capitalista y democrático como universales y justos. La euforia de la posguerra también parece haber influido sobremanera, barriendo con las dudas y las actitudes negativas de los años de la preguerra y la Depresión. Pero además hubo razones más legítimas y científicas para este cambio en la obra de Parsons. Tal vez un orden social estable y racional sea posible, y no se puede reprochar a Parsons la ambición, que él compartía con todos sus grandes predecesores clásicos, de explorar tal posibilidad. A fin de cuentas, las sociedades occidentales no se habían autodestruido. A pesar de la Segunda Guerra Mundial y las carnicerías que provocó, ciertos patrones institucionales básicos habían sobrevivido, y algunos habían demostrado gran plasticidad y fortaleza. Toda teoría sólida del sistema social debe dar cuenta de la flexibilidad que permitió la supervivencia de algunas democracias capitalistas, no sólo de las patologías que amenazaron con destruir las.

Existe, pues, un delicado equilibrio en los últimos trabajos teóricos de Parsons. Cuando se limita a "rellenar" su modelo general con un nuevo aná-

lisis empírico del desarrollo occidental, su teorización es irreprochable. Después de todo, tal es la virtud de la teoría general y la construcción de modelos: se aplica a contextos diversos y se puede especificar de diversos modos. Sin embargo, en la medida en que el giro optimista de los últimos trabajos de Parsons introduce una tendencia ingenua hacia el "progreso" y la estabilidad en el modelo abstracto, esto indica un desarrollo desastroso. Veremos que ambas "lecturas" de la obra tardía de Parsons son posibles. En su obra tardía introduce una exposición más amplia y equilibrada del desarrollo occidental; al mismo tiempo, la obra revela una inclinación ideológica que exacerba algunas de las tendencias reduccionistas que ya hemos señalado.

El mejor modo de explicar estas modificaciones consiste en comentar la última teoría de Parsons acerca del cambio social. Esta teoría del cambio intentaba explicar cómo la individualidad se podía realizar sin sacrificar la "socialización", el carácter colectivo de los individuos y las instituciones. En otras palabras, prometía explicar la independencia y la interdependencia al mismo tiempo. Lo mismo vale para la perspectiva que la nueva teoría tiene de la racionalidad. Aunque continúa sosteniendo que no hay racionalidad "natural" y que la eficiencia situacional es sólo un componente de la acción, no abandona la posibilidad de institucionalizar la racionalidad como forma dominante. La última teoría de Parsons sugiere que una acción sustancialmente racional puede derivar a partir de arreglos particulares de estructuras situacionales y a partir de pautas normativas particulares que regulen esta situación. Estas posibilidades se realizan porque el cambio social moderno se desarrolla de modos particulares.

El concepto maestro que usa Parsons para describir el cambio moderno es la diferenciación. En su período intermedio, Parsons acentuaba las consecuencias negativas de la separación institucional, enfatizando las dificultades psicológicas derivadas de una estricta división entre conducta expresiva e instrumental, las dificultades sociales para brindar regulación coherente a instituciones independientes, los problemas culturales que surgen cuando instituciones religiosas debilitadas y un pensamiento cognitivamente especializado tratan de encarar los problemas vitales de la existencia humana. La teoría que surge después de 1950 es asombrosamente diferente.¹ Parsons enfatiza el aspecto positivo de la separación institucional, señalando que otorga a los individuos libertad respecto del control externo y dictatorial. Entiende que el cambio social modernizador acarrea una diferenciación creciente en cada esfera institucional. La familia, el trabajo, la ley, la

educación, la religión, la vida intelectual, el gobierno, todos tienen creciente autonomía recíproca. Reconoce que hay problemas creados por dicha diferenciación, pero subraya sus importantes ventajas. Cuando en estos escritos tardíos habla de las sociedades donde el cambio social modernizador produce desestabilización —por ejemplo, Alemania—, las describe como víctimas de una diferenciación insuficiente y no excesiva. Según este análisis tardío, la poderosa aristocracia alemana había creado problemas al impedir, por ejemplo, una asignación más eficaz del personal burocrático y la justa distribución de recompensas. Esta corrupción desestabilizadora fue reforzada por una interpenetración que se oponía a la diferenciación entre Iglesia y Estado. Por cierto éstas eran referencias significativas en sus análisis anteriores, pero allí se combinaban con las consecuencias desestabilizadoras de la diferenciación en cuanto tal.

En su obra tardía sobre el cambio, Parsons enfatiza que en una buena sociedad la separación institucional no significa que cada esfera actúe por sí sola de manera antisocial, no coordinada. Insiste en que el proceso de diferenciación produce nuevas formas de interdependencia mutua, más amplia y a menudo más vinculante. En primer lugar, la diferenciación no supone instituciones totalmente autónomas sino instituciones más especializadas, con metas más claramente separadas de las metas de otras instituciones. Esto nos permite ver que las instituciones diferenciadas se pueden interrelacionar más estrechamente que los agrupamientos institucionales de sociedades anteriores. Como se han especializado, no pueden brindarse a sí mismas las disponibilidades que necesitan. Dependen cada vez más de los servicios de otras instituciones que a la vez dependen de sus servicios especializados. Esta nueva división social del trabajo implica intrínsecos procesos de intercambio social y reciprocidad.

Pero la diferenciación también tiene consecuencias morales, según Parsons. No sólo hay una creciente interpenetración institucional sino una inclusión moral. Ello ocurre porque una de las cosas más significativas que se vuelve diferenciada y autónoma en el curso de la modernización es el criterio de pertenencia a una comunidad. La plena pertenencia a la comunidad se define en términos que son generales y humanísticos antes que específicos y particularistas. Cada vez se define más a las personas como miembros plenos de la comunidad simplemente porque son "individuos" competentes; no tienen que poseer "cualidades especiales", como la pertenencia a determinados grupos religiosos, raciales, familiares o económicos. Así concibe Parsons la ciudadanía sociológica: está abierta a todos quienes cumplen con ciertos requisitos mínimos de competencia. Más aun, al aceptar la ciudadanía el individuo acepta ciertas obligaciones hacia la comunidad. Las instituciones diferenciadas, y los individuos autónomos que ahora las integran, están así comprendidos dentro de una comunidad más abarcadora. Cuentan con la protección de obligaciones normativas universales que deben defender, siendo la ley la más obvia. La historia del desarrollo occidental extiende la "inclusión" a grupos antes excluidos, a minorías raciales y étnicas, a clases económicamente oprimidas, y a otros grupos como los viejos, los jóvenes, los minusválidos, que antes eran excluidos por razones particularistas.

¹ Véase, por ejemplo, "Social Strains in America" (1955), en Parsons, *Politics and Social Structure* (Nueva York: Free Press, 1969), págs. 163-178; "Durkheim's Contribution to the Theory of Integration of Social Systems" (1960) en Parsons, *Sociological Theory and Modern Society* (Nueva York: Free Press, 1967), págs. 3-34; *Societies: Evolutionary and Comparative Perspectives* (Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice Hall, 1966); *The System of Modern Societies* (Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice Hall, 1971).

En sus primeros ensayos Parsons enfatizaba que el universalismo creaba competitividad e impersonalidad. Aunque sin ignorar del todo estos problemas, ahora enfatiza la igualdad y las oportunidades que crea.

La diferenciación y la inclusión constituyen dos partes relevantes de la última teoría de Parsons acerca del cambio social. La generalización de valores es la tercera.² ¿Qué ocurre con los valores que se defienden tan energicamente en un ámbito tan diversificado y tolerante como el que describe Parsons? ¿Este desarrollo pluralista significa que los valores ya no controlan nada? Parson no lo cree así. Los valores todavía son importantes; lo que ha cambiado es su naturaleza y función. Esos valores sobre los cuales existe consenso se han vuelto muy generales y abstractos. Para que una sociedad sea democrática e individualista, tiene que haber mucha "generalización", pues no puede haber relación directa entre un valor y una actividad específica. Si existiera una relación directa, si los valores consensuales controlaran directamente la acción, no habría margen para la diversidad, la racionalidad y el cambio. Los valores generales permiten un consenso, pero no regulan los detalles de la vida cotidiana.

Tomemos el caso de los Estados Unidos, el ejemplo favorito de Parsons en sus últimos escritos. Para que los Estados Unidos sigan siendo una sociedad democrática, sus ciudadanos deben estar de acuerdo acerca de los valores generales de libertad y (en menor grado) de igualdad. Sin embargo, no es preciso que todos estemos de acuerdo acerca de valores más específicos, es decir, valores que connotan formas específicas de institucionalizar estos compromisos generales (véase mi comentario sobre estas posibilidades más específicas en el capítulo 4). En otras palabras, no tenemos que ponernos de acuerdo acerca de si el socialismo o el capitalismo constituyen el mejor modo de realizar la libertad o la igualdad, y mucho menos acerca de si nuestra economía funciona mejor mediante gastos deficitarios o mediante un presupuesto balanceado. Con la modernización, la generalización de los valores afecta los compromisos de valor que informan cada esfera institucional. En la vida religiosa ya no se considera una obligación moral seguir la versión católica, protestante o judía de Dios; uno es aceptado como "persona religiosa" si simplemente cree en Dios y vive de manera congruente con esta obligación moral general. (Aún no parece haber en los Estados Unidos una generalización de valores tal que permita aceptar como legítimos los compromisos espirituales que desistan de creer en Dios.)

Parsons cree que la generalización ha afectado hondamente nuestros compromisos de valor más fundamentales, al extremo de que a mediados del siglo veinte el valor norteamericano más básico ha pasado a ser el "activismo instrumental". El énfasis en el activismo significa que los norteamericanos experimentan el deber general de controlar sus ámbitos, tanto naturales como sociales, y de alcanzar resultados prácticos de manera discipli-

² En verdad, Parsons identifica cuatro procesos principales de cambio, siendo el último algo que él denominó "ascenso adaptativo". Como lo considero sólo otra manera de describir los efectos de los otros tres, no hablaré más de él.

na. El énfasis en lo instrumental significa que los norteamericanos entienden que este activismo debe estar al servicio de una obligación moral y social. El valor "activismo instrumental", sin embargo, no dictamina nada acerca de la naturaleza particular de esta norma. Al definir de esta manera el patrón de valores predominante en los Estados Unidos, Parsons sugiere que los norteamericanos pueden estar comprometidos con el mismo valor general aunque lleven a cabo actividades muy distintas en contextos institucionales conflictivos.

Parsons describe la realización de la racionalidad y la individualidad de manera normativa y colectivista. Los tres procesos fundamentales que describe permiten que la sociedad moderna encarne lo que él denomina "individualismo institucionalizado". La sociedad diferenciada, "inclusiva" de valores generalizados, es individualista en el sentido de que la iniciativa para la acción de sus unidades — trátase de individuos o colectividades — proviene en gran medida de las unidades mismas. En esta clase de sociedad, en contraste con las sociedades comunistas o tradicionales, no existe una agencia superior responsable de las decisiones últimas, ni existe un valor específico que esté corporizado en la sociedad y procure impartir al desarrollo social un diseño general. En esta sociedad, insiste Parsons, "las opciones están abiertas", el cambio social es continuo, y la interpretación y el sentido de las situaciones emergentes es contingente. Hay indeterminación en sentido metafísico: lo que es bueno o malo no está, ni debe estar, rigidamente codificado de antemano. Pero esta apertura hacia la opción individual conserva un elemento fuertemente "institucionalizado". Más importante aun, este individualismo es resultado de procesos sociales que ningún individuo puede controlar por sí mismo. La opción individual en un momento histórico específico es relativamente libre a causa de la generalización del valor, pero el individuo actuante que escoge no ha creado la generalización del valor ni tiene muy en cuenta su existencia. La institucionalización de la individualidad, piensa Parsons, también crea ciertas obligaciones. Los individuos deben convenir en trabajar cooperativamente y ser responsables ante las normas, así como deben conciliarse con un rol relativamente pequeño en la determinación del curso general de la vida social.

En su última teoría del cambio social, Parsons pinta una imagen post-utilitarista diferente, pero en ciertos sentidos más compleja, de la sociedad. Esta imagen no es materialista ni idealista, ni individualista ni antiindividualista. El control social abunda, pero depende mucho de la individualidad y de la opción individual. En verdad, como veremos en la segunda parte de esta clase, el control social se limita en gran medida a la producción de individuos activos y socialmente responsables.

¿Esta imagen se asemeja a la sociedad occidental, o norteamericana, del período de posguerra? La respuesta parece ser "sí y no". Por cierto captura algo que es absolutamente vital para esta fase más reciente de la modernidad. En la posguerra hemos experimentado sociedades más estables y más democráticas que en ningún otro período de la era industrial. Pero al mismo tiempo es obvio que esta imagen tiene rasgos unidimensionales; hay una tendencia — no siempre llevada al extremo — a convertir cada vicio en

una virtud y cada tensión en una fuente de estabilidad. Hay una profunda ambigüedad en este modelo de la vida moderna. Por una parte, Parsons lo presenta como un modelo general que denota un tipo social abstracto. Por la otra, lo presenta como una descripción empírica de los Estados Unidos de posguerra. Por razones empíricas, ideológicas y aun presuposicionales, Parsons a menudo generaliza a partir de la sociedad norteamericana para llegar a su modelo de la sociedad moderna en cuanto tal. En la medida en que esto ocurre, el modelo se vuelve idealizado y unilateral, y no logra abarcar todas las posibilidades del cambio moderno. Pero, a pesar de sus defectos, es maravillosamente revelador, no sólo respecto de importantes procesos de la sociedad norteamericana sino de dimensiones cruciales de las sociedades modernas en cuanto tales. Volvamos ahora a los comentarios más específicos de Parsons acerca de cómo funcionarían sistemas sociales tan esencialmente "voluntaristas".

Para ello regresaremos a nuestras viejas amigas, la asignación y la integración. Como ustedes recordarán, son los procesos sociales que Parsons introdujo en su teoría del período intermedio. En otra clase comentaré sus posteriores reflexiones sobre la asignación de disponibilidades; aquí quiero concentrarme en sus teorizaciones sobre la asignación de personal y recompensas.

La comprensión de la asignación de personal, en los últimos escritos de Parsons, se concentra principalmente en la socialización. Recordemos que el proceso de socialización está involucrado tanto en la asignación como en la integración. En términos de asignación, tiene que producir el personal mejor formado para los empleos disponibles. En términos de integración, tiene que operar de tal modo que las recompensas desiguales que inevitablemente resultan de la asignación eficiente sean aceptadas con equanimidad, es decir, quienes ocupan los roles deben considerarlas coherentes con sus valores internalizados. Ambos aspectos de la socialización — asignación e integración— son aportes esenciales a la institucionalización de los roles adultos; son esenciales para la aceptación de un puesto ocupacional estable y efectivo al terminar la juventud y la educación. "Aceptación" significa que se considera que el rol es complementario del complejo motivacional de roles anteriores; "efectivo" significa que los recursos asociados con el rol se enlazan con la formación técnica anterior de la persona. Sabemos cuán frágil es para Parsons dicha institucionalización. Si procesos de personal y socialización no operan bien, la delicada relación entre las demandas de la eficiencia y las recompensas se disolverá provocando desvío y conflicto. Dados los cambios que hemos visto en las obras posteriores a 1950, ustedes pensarán que en los últimos escritos de Parsons la socialización habitualmente no se disuelve. Habrán acertado en la predicción, y no se sorprenderán ante la elegancia del modelo de equilibrio que presenta Parsons.

Quiero comenzar acentuando el rol inusualmente significativo que la socialización desempeña en la "sociedad voluntarista" que Parsons describe en su última teoría de la modernidad. Para que una sociedad exhiba el "individualismo institucionalizado" de Parsons, para que sea altamente diferenciada y ampliamente inclusiva, sus miembros deben adherirse a altos nive-

les de autocontrol. Si la sociedad está estructurada de tal modo que su diferenciación última está abierta a la acción individual, entonces la acción individual, la capacidad de la gente para motivarse, determina la posición social. Esta capacidad depende de la internalización individual de valores. En una sociedad voluntarista, la internalización "produce" la asignación de personal y disponibilidades; no depende primariamente de la coerción y el control externos. Ahora se aclara la importancia de la socialización y educación de los niños. Resultan cruciales porque brindan los procesos más importantes para la internalización de valores. También resulta claro que en esta situación "moderna" la internalización de valores no equivale a conformidad. Los valores internalizados son los muy generalizados valores del activismo instrumental. Enfatizan la racionalidad, la independencia y el autocontrol. Su internalización desarrolla aptitudes cognitivas y morales muy abstractas y complejas.

La escuela es el punto intermedio entre la familia y el mundo ocupacional, y así constituye el ámbito prototípicamente moderno de la socialización, tanto para la asignación como para la integración. En un conocido ensayo titulado "El aula como sistema social",³ Parsons muestra que el carácter del aula de la escuela elemental, y toda la secuencia de la experiencia de la escuela elemental, congenian con estas tareas funcionales. Parsons sugiere que el aprendizaje más relevante que se realiza en un aula de escuela elemental no es fáctico sino social. La socialización tiene éxito en la medida en que un alumno logra identificarse con los valores del docente e internalizarlos. Para que tal identificación sea posible y productiva, el rol del docente se debe definir de una manera que sea coherente con su posición mediadora. Por una parte, la maestra se parece a la cabeza femenina de la familia y promueve valores familiares tales como el afecto difuso, el personalismo, la informalidad y el juego. Al mismo tiempo, debe encarnar los valores exigidos por el mundo ocupacional: abstracción, racionalidad, maestría, independencia y cooperación. El primer conjunto de valores facilita la identificación; el segundo dirige la identificación hacia el rol de adulto.

En términos de exigencias explícitas, la "enseñanza" está regida por el código orientado hacia la adultez. El docente no sólo pide un desempeño intelectual efectivo, racionalidad y maestría, sino también cooperación, la aceptación de la autoridad, y la buena ciudadanía. Uno de los datos más notables del mérito formal en la escuela elemental, sugiere Parsons, es que "estos dos componentes primarios no están claramente diferenciados entre sí. En cambio, el alumno es evaluado en términos generales y difusos; un buen alumno se define según la fusión de componentes cognitivos y morales ... Los 'triunfadores' de la escuela elemental son tanto los alumnos 'brillantes', que realizan fácilmente las tareas más estrictamente intelectuales, como los alumnos 'responsables', que se 'portan bien' y con quienes la maes-

³ Parsons, "The School Class as a Social System: Some of Its Functions in American Society" (1959), en Parsons, *Social Structure and Personality* (Nueva York: Free Press, 1964), págs. 129-154.

tra puede 'contar' ante los difíciles problemas del manejo de la clase.⁴ Ambos criterios influyen en la escuela elemental, que en conjunto indican el grado en que el niño logra aprender el conjunto mixto de valores requeridos para el individualismo institucionalizado.

El éxito de esta internalización —y, por tanto, el éxito de un niño en la escuela— depende en gran medida del grado de independencia que la familia haya inculcado al niño. Esto ayuda a explicar el desempeño escolar relativamente pobre de los niños de la clase obrera y minusválidos, pues, sugiere Parsons, cuanto más abajo se está en la estructura social menos se enfatiza la independencia en la vida familiar. El impacto de la familia en el desempeño escolar representa un elemento cerrado y supraindividual aun en los sistemas sociales más modernos, pues otorga tremenda importancia a las cualidades grupales que están fuera del control de un actor. Pero Parsons insiste en que la escuela sigue siendo una competencia abierta que encarna el individualismo institucionalizado en el sentido más puro. La competencia está informada por los valores generales de racionalidad y libertad. Las calificaciones reflejan la capacidad del niño para el desempeño escolar, nada más. Aunque esta capacidad para el desempeño es en parte el resultado de la inteligencia heredada, sobre la cual los individuos no tienen control, depende más de la capacidad del alumno para internalizar los valores generalizados de la escuela. Lo que está en juego es la capacidad para adquirir valores generales, y sin duda el niño de clase baja y alta capacidad es quien está sometido a mayores presiones y tiene más cosas en juego.

La amenaza crucial para la internalización de los valores escolares es el grupo de pares, que también presenta un refugio una vez que ha fracasado la internalización. Parsons cree que los grupos de pares constituyen una fuente inevitable de "tentación" en las sociedades modernas, el producto de la tensión entre el trabajo y la familia. En su período intermedio, Parsons sostenía que esta diferenciación creaba una frustración que conducía a una agresión antisocial. Aquí sostiene que esta diferenciación conduce hacia el grupo de pares, un ámbito mucho más cerrado y controlado que encarna, no obstante, impulsos análogamente "difusos". Por una parte, los grupos de pares son lugares para continuar el activismo y el logro, para demostrar aptitud para la independencia y la cooperación. Al mismo tiempo, los grupos de pares permiten que los niños y adolescentes (¡y otros!) hagan todo aquello de lo cual la escuela intenta apartarlos mediante la socialización: la conformidad compulsiva, la abrumadora lealtad personal, las maneras románticas y simplistas de encarar el mundo. Por cierto, la escuela misma, y sobre todo la escuela elemental, debe encarnar algunos valores de los grupos de pares si desea conquistar la temprana identificación del niño, inicialmente centrado en la familia, pero tales valores siempre deben estar en posición secundaria. Los grupos de pares amenazan la formación escolar al invertir sus prioridades de valor. Los niños buscan los grupos de pares en parte para escapar de los valores escolares.

Quando los niños llegan a la adolescencia, la vida de los grupos de pares florece en cultura juvenil, mezcla de erotismo, arte, destreza física y disconformismo político que brinda un ámbito de transición y "amortiguación" durante el final de la escuela secundaria y el comienzo de la universidad. La cultura juvenil enfatiza la búsqueda de sentido y el problema de la identidad, no el mérito impersonal y el universalismo. Parsons describió esta institución mucho antes de que se transformara en un "problema" social de dimensiones internacionales a fines de la década de 1960.⁵ Su descripción de la cultura juvenil guarda relación con su temprano interés en fenómenos escapistas como el romanticismo, el cual él también describió como un precario puente entre la familia y el trabajo. Sin embargo, aquí tenemos un tratamiento mucho más sobrio y optimista de ese tema temprano. Parsons enfatiza, por ejemplo, que la cultura juvenil contemporánea está refrescada por la cultura del individualismo institucionalizado, tanto que éste permite a la juventud seguir desempeñando un rol "socialmente responsable". Ahora ignora las posibilidades de agresión que alimenta, y la profunda frustración que representa.

Pero aun para el Parsons tardío los grupos de pares y la cultura juvenil son serias fuentes de desvío respecto del "rol de adulto moderno". Si este desvío es demasiado fuerte, los jóvenes no querrán asumir roles adultos. Entregados a los valores difusos de la juventud y el grupo de pares, no querrán embarcarse en el activismo instrumental, afectivamente neutro, que se requiere. El éxito o fracaso de la asignación de personal depende de dónde esté la identificación primaria de los jóvenes: en el grupo de pares y la cultura juvenil o en el docente y la escuela. Los niños de clase baja tienen problemas especiales en este sentido. Formados en hogares que no enfatizan los valores del éxito propios de la "clase media", no están tan bien preparados para hacer las identificaciones necesarias en la vida escolar. Están atrapados entre los valores escolares y los valores hogareños, entre los valores del docente y los valores antiautoritarios del grupo de pares. Esta presión cruzada puede inducir al retiro y al desvío. Según la teoría de Parsons, no es accidental que la cultura violenta de las pandillas callejeras se imponga más en la juventud de clase baja que en la de clase media. La tragedia de esta situación, señala Parsons, es que una buena internalización de valores es la única esperanza legítima que tienen los niños de clase baja. Si los niños de clase media y alta no internalizan sólidamente los valores del éxito, cuentan con la red de seguridad de las conexiones familiares y la riqueza heredada.

Estas son algunas de las presiones que erosionan la asignación efectiva de personal. También contribuyen, señala Parsons, a una ineficaz asignación de recompensas. Recordemos que en principio la asignación de recompensas debe desempeñar un papel integrador al armonizar los resultados desiguales de la asignación de disponibilidades y personal.

⁴ Parsons, "The School Class", pág. 137.

⁵ Véase "Youth in the Context of American Society" (1962), en Parsons, *Social Structure and Personality*, págs. 155-182.

En muchos sentidos la escuela es un vehículo perfecto para cumplir esta función porque distribuye el personal según un criterio que es también una recompensa muy buscada, las calificaciones. Las calificaciones altas constituyen el medio para obtener una posición poderosa y grandes disponibilidades, pero también son recompensas simbólicas por desempeñarse de un modo culturalmente valorado, pues simbolizan un mérito universalista. Como la asignación de calificaciones suele ser aceptada como una justa evaluación de la capacidad individual, los puestos y disponibilidades que derivan de las calificaciones cuentan con una legitimación efectiva. Este sistema de recompensas aparentemente integrador enfrenta un solo peligro: las personas deben aceptar la legitimidad de los valores del mérito para aceptar la validez de las recompensas desiguales. En otras palabras, deben sentir que la "culpa es sólo de ellas" si reciben malas calificaciones, admitiendo que su propia falta de desempeño les impone desigualdad en las disponibilidades y recompensas. Pero, según el análisis del propio Parsons, los alumnos de menor desempeño son los que ponen a más dura prueba esta cualidad "recompensadora" de las calificaciones. Las personas menos comprometidas con los valores del mérito son las que suelen recibir calificaciones más bajas.

El sistema de estratificación, pues, erosiona la dualidad deseada de las calificaciones. El criterio que distribuye puestos y disponibilidades se puede separar gradualmente —especialmente entre grupos menos privilegiados— del criterio que determina las recompensas. Si los niños no aspiran al universalismo y el mérito, las calificaciones inferiores no parecerán un castigo legítimo (falta de recompensa); como no han internalizado profundamente los valores escolares, pueden creer que han seguido actuando de modo correcto según su propio juicio. Esta transvaluación "desviada" de los valores será recompensada por cualquier participación intensa en el grupo de pares, la cual será a la vez más probable si el niño sufre un castigo, o una mera falta de recompensa, en la escuela. En la medida en que esto ocurra, las "pautas de lealtad" particularistas de la cultura juvenil se pueden convertir en base institucionalizada para cuestionar la justa distribución de las recompensas sociales. Si ello ocurre, el sistema de recompensas ha fracasado en su tarea de integrar los valores predominantes y la asignación, y ello puede derivar en serios trastornos.

En este modelo Parsons entiende que la asignación de disponibilidades y personal está guiada por el universalismo y responde a los méritos del individuo. De allí su predicción optimista de que, aunque la rebelión individual contra estas pautas escolares puede ser profunda, no existe fundamento para una alienación continua y grupal respecto de los procesos de la sociedad. Tal predicción da por sentados, sin embargo, ciertos datos empíricos como la movilidad social y la justicia institucional, que tal vez no existan. En efecto, se puede emplear este mismo modelo de la juventud desviada para comprender por qué en situaciones empíricas muy diferentes puede surgir un proceso revolucionario antiintegrador. Si la asignación de puestos y disponibilidades no se basa en el universalismo y los méritos, si es tendenciosa y está distorsionada en beneficio de un grupo dominante, los que

experimentan la inevitable frustración de la desigualdad eventualmente pensarán que el juego está "arreglado". En la medida en que adviertan que la asignación no depende de los méritos, la alienación que invariablemente acompañará a la socialización será respaldada por "hechos". Así, los movimientos revolucionarios comunistas y fascistas apelan a muchos de los difusos valores de la cultura de los pares y de los jóvenes, y en situaciones de mala integración ofrecen una continuación natural. Los movimientos de derechas hacen de los valores antirracionales su grito de batalla; los movimientos de izquierdas, aunque apelan a emociones "irracionales" y la alienación cultural, a menudo centran su militancia en la renovación del "mérito" y el "universalismo".

El análisis de Parsons acerca de la asignación de personal y recompensas en la escuela demuestra tanto la complejidad teórica como la ambigüedad política y empírica de su obra tardía. Aunque el modelo es complejo y poderoso, a menudo el "americanismo" de posguerra de Parsons lo pone en jaque, pues estrecha sus referencias empíricas y achata sus posibilidades ideológicas. En cuanto modelo, la teoría no da necesariamente por sentada la asignación lograda de personal y disponibilidades; sin embargo, nunca alude a una situación donde la oposición a este logro tendría la última palabra. Desde luego, Parsons parece haber tenido la razón en muchos sentidos importantes, pero esto parece haber sido tanto el resultado de las condiciones empíricas de un singular período histórico como de algo inherente a la asignación "moderna" en sí misma.

La tendencia a la confusión en los escritos tardíos de Parsons —que a veces reduce el modelo a la ideología y aun a la proposición empírica— refuerza (y es reforzada por) la tendencia hacia el idealismo que ya habíamos notado en su obra temprana. Esta tendencia idealista, la tendencia hacia un voluntarismo "puro" antes que a un voluntarismo multidimensional, lleva a Parsons, en sus últimas obras, a concentrarse mucho más en la asignación de personal que en la asignación de disponibilidades. Dada esta elección, se puede concentrar en la socialización, el proceso social más internamente dirigido y voluntarista, el proceso que, si triunfa, se liga íntimamente con la cultura y la personalidad. Acabamos de ver cómo esta idealización acecha nuevamente a Parsons. Su incapacidad para tener en cuenta las posibilidades de una desigualdad clasista sistemática en la asignación de disponibilidades le permitió subestimar el potencial desestabilizador de la asignación de personal en las escuelas. Si examinamos estos procesos más sistemáticamente, el modelo puede comenzar a explicar las causas aun de la inestabilidad revolucionaria de una manera compleja y penetrante. Sólo si purgamos el modelo de Parsons de sus reducciones presuposicionales, ideológicas y empíricas podremos conservar su independencia; sólo así se pueden cumplir las iniciales ambiciones políticas e intelectuales de Parsons.

Esta es la gran paradoja que domina la obra tardía de Parsons. Aun mientras la teoría se volvía más flexible y compleja, su carácter general se volvía más dudoso. Esta paradoja creó grandes problemas en la obra de Parsons, pero más aun en la teorización que le siguió. En verdad, en mis úl-

timas clases sugeriré que ello explica buena parte del carácter de la teoría sociológica del periodo de posguerra. Pero me estoy adelantando. Aún no he terminado con la conmovión teórica que transformó la obra tardía de Parsons. La transformación que describiré confirma, a mi juicio, que Parsons es un teórico revolucionario, a pesar de que los progresos de su obra tardía quedaron oscurecidos por las ambigüedades que acabo de describir, ambigüedades claramente expuestas por recientes movimientos teóricos que han adoptado temas explícitamente "antiparsonianos".

El último periodo de Parsons

Aunque Parsons siguió teorizando acerca de la educación y la juventud hasta la década de 1960, parece haber tenido muy en cuenta el marco estructural-funcionalista de su periodo intermedio. Sin embargo, cuando terminó su trabajo, sus teorizaciones sufrían una profunda transición. Muchos confundieron este viraje con una ruptura fundamental, no sólo con la forma sino con la sustancia de su obra temprana. Por el contrario, resulta claro que existía una continuidad esencial, aunque es innegable que hubo un cambio.

Antes de perfilar esta nueva fase, convendría examinar por qué se produjo. Parsons nos ofrece poca ayuda en este sentido. Como todos los "grandes teóricos" (un término algo despectivo inventado por C. Wright Mills), Parsons consideraba cada cambio en su trabajo como un mero desprendimiento lógico de su estructura básica. Cada nuevo aspecto, cada nueva fase, era un avance, y cada avance era dictado por una percepción cada vez más clara de la estructura del mundo real. Ustedes verán que, aunque coincido con Parsons en que su última fase fue "mejor" en muchos sentidos, no la considero un perfeccionamiento inequívoco, y tampoco creo que se pueda explicar en términos exclusivamente empíricos (en cuanto opuestos a los teóricos).

A mi entender los méritos permanentes de su periodo intermedio son invalorables. Ninguna teoría general, desde entonces, ha alcanzado tal potencial para la precisión analítica ni tal capacidad para referencias detalladas al mundo empírico. Aun así, el modelo era confuso en aspectos estratégicamente importantes.

Un modo irónico pero esclarecedor de sintetizar estos problemas consiste en sugerir que en este periodo intermedio quedaba mucho del pensamiento marxista y utilitarista. Fue Marx, desde luego, quien usó los supuestos racionalistas de la teoría utilitarista para desarrollar un modelo de la sociedad de "base/superestructura", arguyendo que las fuerzas materiales y económicas forman una base sobre la cual se construyen todos los elementos morales e ideológicos, superestructurales. Irónicamente, halamos algo similar en la teoría del periodo intermedio de Parsons. Se considera como primaria una parte del sistema social, la asignación; es la esfera de la actividad instrumental, el "primer actor". Otra parte, la integración, es tratada como una esfera reactiva que "limpia las manchas" procedentes de esa primera esfera haciendo que la gente crea en los escrúpulos morales y, si eso

falla, aplicando controles sociales. Al diferenciar de este modo entre asignación e integración, Parsons parece asociarlas respectivamente con "medios" y con "fines". Más aun, implica que el interés de una sociedad en la asignación de medios viene primero, que la integración se encarga principalmente de los problemas creados por la asignación, y que las cosas ideales como los valores existen porque es preciso controlar las cosas materiales como el dinero y el poder. Pero el paralelismo con la base/superestructura de Marx llega más allá, pues sobre esta división material-ideal Parsons superpone el antitesis entre conflicto y orden. La asignación no sólo se relaciona con los medios sino que crea conflictos; la integración no sólo se relaciona con los fines sino que está consagrada a la restauración del equilibrio. Esto plantea un interrogante muy "marxista": ¿habría valores si el equilibrio se pudiera sostener sólo durante los procesos de asignación? En su período intermedio, Parsons, el gran crítico del materialismo, irónicamente habría tenido que responder que "no".

¿Cómo se metió Parsons en semejante brete? Porque, creo yo, intentaba usar su vocabulario conceptual para hacer dos cosas al mismo tiempo. Por una parte, lo usaba para describir los procesos sociales fundamentales que producen los diferentes "elementos" del acto unidad: medios, fines, normas y condiciones. Esto marcaba la referencia "presuposicional" de su modelo. Por otra parte, Parsons trataba de usar este mismo vocabulario conceptual para diferenciar tareas empíricas específicas, por ejemplo, la producción económica de disponibilidades a partir de los procesos de control social. Esto marcaba la referencia "proposicional" de su modelo. Es verdad, desde luego, que los modelos siempre deben mirar hacia ambos lados, no sólo hacia preocupaciones empíricas específicas sino también hacia preocupaciones metaempíricas básicas (véase el diagrama 1.2 del primer capítulo). Aun así, los modelos no pueden abarcar ambas cosas al mismo tiempo. De hecho, si uno examina lo que dice Parsons acerca del funcionamiento de la asignación y la integración, veremos que como trata de realizar ambas tareas termina por no realizar ninguna del todo. Cuando habla de la asignación de disponibilidades, está obligado a mencionar la producción de ciertos elementos ideales como las normas, y cuando habla de las recompensas integradoras tiene que mencionar la asignación estratégica de sanciones materiales como el dinero. Por ello, Parsons nunca pudo circunscribir el conflicto a las tareas de asignación y el orden a las tareas de integración. Sus agencias de control social están preñadas de potencial para el conflicto, y sus productores de disponibilidades son fuentes críticas aunque a menudo poco confiables de orden social.

La prueba más reveladora de los problemas de este esquema del período intermedio es la ambigua situación de "recompensas". Se las define explícitamente como productos de la tercera clase de asignación, la asignación que distribuye prestigio. Pero nunca se las menciona sólo en relación con el problema de los "medios", tal como ocurre con los dos primeros procesos de asignación, el de disponibilidades y el de personal. En cambio, Parsons relaciona las recompensas con los valores, fenómenos fundamentalmente estructurados por el sistema de "fines". Más aun, la asignación de prestigio es

funciona como la principal fuerza integradora de la sociedad, aunque a menudo está en marcada tensión con la asignación de disponibilidades y personal. Esta tensión es muy real, y no crítico a Parsons por reconocerla. Quiero señalar, en cambio, que para describirla él debe engullir una esfera conceptual con otra. Si la asignación de recompensas refleja primariamente valores, luego está implícita en procesos que son conceptualmente antitéticos a ella, los procesos integradores que no se relacionan con la asignación sino con sus consecuencias. El hecho de que Parsons deslice los valores hacia la asignación demuestra, desde luego, que no está preparado para aceptar las implicaciones de su modelo de base/superestructura. Lo hace para demostrar la interpenetración de los fines y los medios, la estabilidad y el conflicto. Las últimas innovaciones de Parsons procuraban franquear esta brecha entre su sustantiva percepción teórica y su conceptualización formal.

En sus últimos trabajos Parsons desarrolla un modelo teórico que se apega más a sus intereses presuposicionales. Aunque concebido para brindar acceso a cuestiones empíricas, la teoría posterior aborda dichas cuestiones desde un punto de vista más general. El nuevo modelo no describe tareas empíricas detalladas; encara casi exclusivamente los procesos sociales fundamentales que producen los diversos elementos del acto unidad. El nuevo modelo, pues, se asienta sobre un nivel de abstracción mucho más elevado. Veremos que esta abstracción constituye una gran ventaja. Permite mayor elegancia y simplicidad, y también permite a Parsons resolver aspectos que antes lo confundían. Al mismo tiempo, esta abstracción no carece de desventajas. Su elaboración aparta a Parsons de los detalles del mundo real. Una vez que descubre su nuevo modelo, como veremos, rara vez regresa a la densa especificidad de su período intermedio.

Parsons llamó "modelo de intercambio" a su nuevo descubrimiento.¹ Sus estudiantes lo apodaron el modelo AGIL, un acrónimo basado en la primera letra de cada subsistema y que además comunica la mayor flexibilidad o "agilidad" del nuevo modelo.* El modelo AGIL divide el sistema social en cuatro dimensiones, ninguna de las cuales se corresponde de todo con ninguna institución dada y cada una de las cuales se relaciona tanto con la estabilidad como con el cambio. Las cuatro dimensiones representan diversos grados de proximidad a problemas ideales y materiales, y la intención del modelo consiste en sintetizar las tradiciones idealistas y materialistas del modo más efectivo posible.

"Adaptación" (A) es una dimensión que representa las fuerzas del sistema social más cercanas al mundo material; es decir, las fuerzas coercitivas, "condicionales", a las que debemos enfrentarnos y adaptarnos, gúste-

¹ Primeramente presentado como modelo del sistema social en Parsons y Neil J. Smelser, *Economy and Society* (Nueva York: Free Press, 1956).

* A por *adaptation* ("adaptación"); G por *goal-attainment* ("capacidad para alcanzar metas"); I por *integration* ("integración"); y L por *latency* ("estado latente"). En inglés el acrónimo se lee como *agile* ("ágil"). [T.]

nos o no. La economía es la esfera más estrechamente relacionada con la esfera de la adaptación. La "capacidad para alcanzar metas" (G) representa fuerzas que, a pesar de sufrir la fuerte influencia de los problemas materiales y de adaptación, están más sujetas a un control ideal. La organización es la clave de este subsistema; procura controlar el impacto de las fuerzas externas con el objeto de alcanzar metas cuidadosamente delimitadas. Los políticos y el gobierno son las esferas de la sociedad más claramente asociadas con G. La "integración" (I) representa fuerzas que afloran del impulso inherente hacia la solidaridad. La solidaridad es el sentimiento de pertenencia conjunta que se desarrolla dentro de los grupos. Como es específicamente grupal, está regulada por normas antes que por valores más amplios. Así, aunque está mucho menos influida por consideraciones objetivas y materiales que la adaptación o la capacidad para alcanzar metas, la integración está menos regida por consideraciones puramente subjetivas de lo que podríamos imaginar. El "mantenimiento de patrones" ("estado latente" o L) representa las fuerzas más puramente subjetivas de la sociedad. Es la esfera de los valores generales, aunque se trata de valores cuya relación con los problemas objetivos es suficiente como para ser institucionalizados. Aun L es, a fin de cuentas, una dimensión del sistema social antes que del cultural, así que también está sujeto a restricciones materiales.

Ninguna de estas esferas o subsistemas es totalmente ideal ni material, una salvedad aclarada por el diagrama que Parsons usaba para representar la interrelación que existía entre ellas (véase diagrama 6.1).

Diagrama 6.1

Adaptación (A)	Capacidad para alcanzar metas (G)
Disponibilidades económicas	Metas políticas
Mantenimiento de patrones (L)	Integración (I)
Valores	Normas

El propósito de dibujar los subsistemas de esta manera es poder concentrarse en el fenómeno de las "relaciones con subsistemas limítrofes". Cada esfera de actividad es un subsistema cuyos límites están compuestos por otros subsistemas con preocupaciones más materiales o más ideales. A partir de esta intermediación, Parsons llega a la conclusión de que hay interdependencia. Cada subsistema establece intercambios a través de sus límites, cada cual necesita aquello que pueden brindar los subsistemas limítrofes, y cada uno de sus subsistemas contiguos necesita lo que él a su vez puede brindar (diagrama 6.2).

Cada nivel de interés ideal y material, pues, depende de aquello que recibe de subsistemas con intereses más materiales o más ideales. Parsons emplea una analogía económica para enfatizar esta interpenetración: cada subsistema es producido a partir de una combinación de los datos que recibe de los subsistemas limítrofes. Cada uno de los cuatro subsistemas crea un producto o dato característico: dinero, poder, normas, valores. Este producto es creado a partir de datos, o "factores de producción", que ingresan en el subsistema desde los subsistemas que lo rodean. El producto, a la vez, se transforma en un nuevo factor de producción, un dato, en la creación del producto de los subsistemas contiguos.

La economía, por ejemplo (véase diagrama 6.3), está integrada por factores de producción derivados del subsistema G (la organización interna de las empresas es política, en el sentido parsoniano, tal como lo es el respaldo externo del Estado); desde el subsistema I (normas legales que regulan los con-

Diagrama 6.2

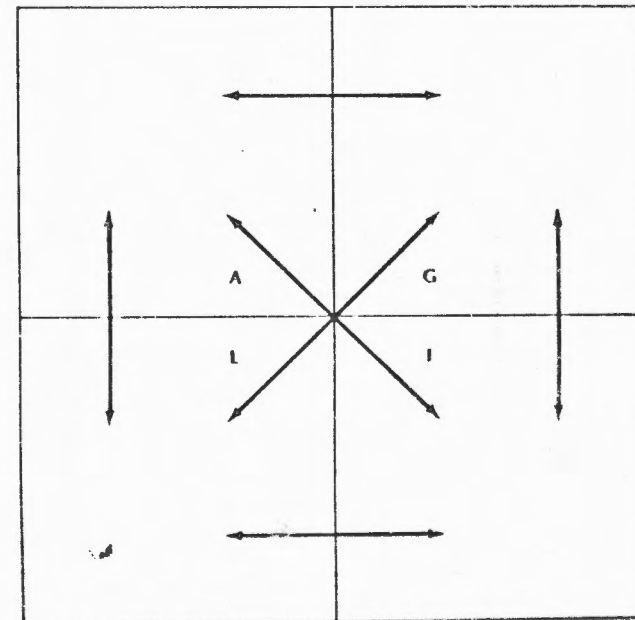


Diagrama 6.3

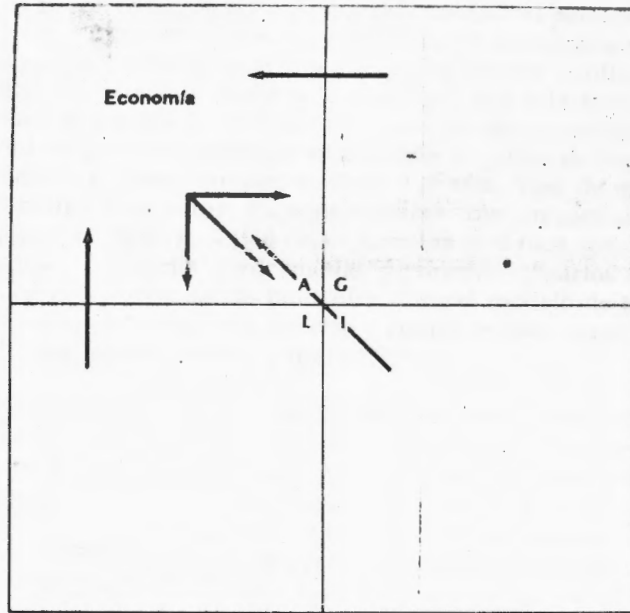


Diagrama 6.4

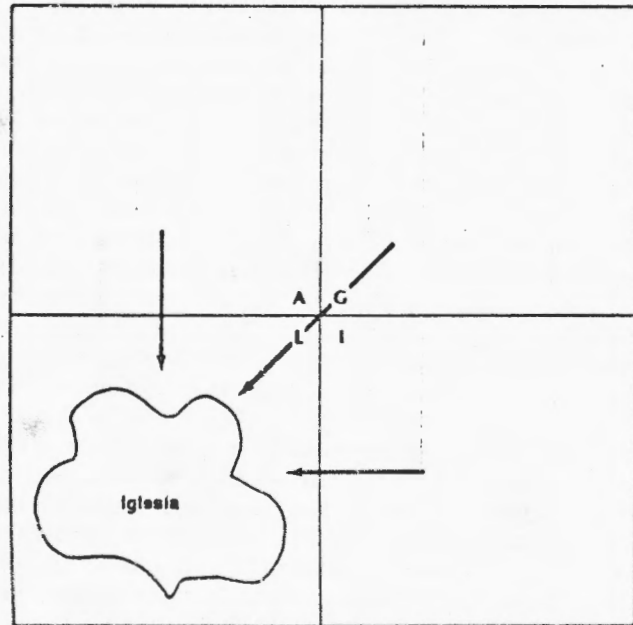
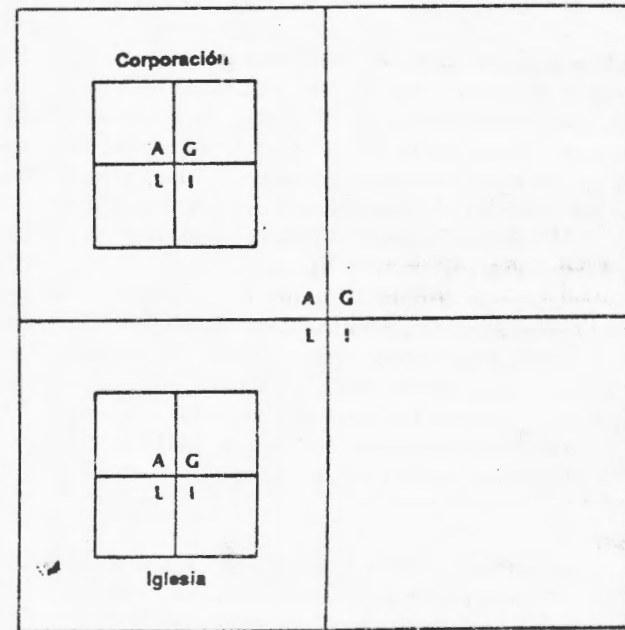


Diagrama 6.5



tratos y la solidaridad de los actores económicos); y desde el subsistema L (compromisos con valores generales internalizados en la personalidad de los actores económicos). Estos factores interactúan con las exigencias específicas de la adaptación material (problemas A) para producir bienes y servicios económicos, a menudo representados por productos de riqueza monetaria.

Tomemos un ejemplo muy distinto, como la Iglesia (diagrama 6.4). Aquí es la institución prototípica de la vida cultural, pero en el esquema de Parsons no está tratada como una emanación del sistema cultural. Claro que está más arraigada en compromisos de valor que en la vida económica, pero también está afectada por factores de las exigencias materiales de la economía, de la organización (respaldo o antagonismo) del Estado y de la naturaleza de las normas y relaciones solidarias de la sociedad.

De paso, aunque las instituciones modernas tienden a especializarse en la producción de diversas clases de productos — las instituciones religiosas, por ejemplo, suelen estar separadas de las organizaciones que se especializan en la producción material o en el poder político—, cada institución, sea cual fuere su especialización, también se puede dividir internamente en cada una de las cuatro dimensiones funcionales. Dentro de una Iglesia, sugiere Parsons, hay fuerzas de adaptación, políticas, integradoras y de mantenimiento de patrones, así como dentro de una empresa hay puestos que se especializan en la regulación interna de los valores, la promulgación de normas y solidaridad, la organización política y la adaptación al ámbito externo (véase diagrama 6.5).

Creo que queda claro que este modelo de intercambio resuelve uno de los principales problemas que enturbiaban el trabajo del período intermedio de Parsons. Vuelve imposible pensar que cualquiera de los procesos sociales básicos es material o ideal por sí mismo. La operación continua de cualquier institución se puede analizar sólo mediante sus relaciones con diversos subsistemas limítrofes. Enfrentado con este modelo interdependiente, el científico social no puede subestimar el papel de ninguno de los componentes de los sistemas sociales complejos. Creo que esta clase de modelo interpenetrador e inclusivo es lo que Parsons siempre tuvo en mente. Podríamos volver a las primeras descripciones de la agresión y el nazismo, o a los procesos modelados en el período intermedio, y conceptualizarlos en términos de intercambios con subsistemas limítrofes. Con el modelo de intercambio, Parsons halló un modelo elegante, preciso y complejo para concretar su ambición de sintetizar formas ideales y materiales.

También es obvio que, al menos en principio, este modelo de intercambio puede además resolver el segundo problema principal del período intermedio, es decir, la tendencia a trazar una separación entre análisis de la estabilidad y análisis del conflicto. Según la teoría del intercambio, ningún subsistema se especializa en la estabilidad ni en el cambio; ambos procesos son posibilidades empíricas siempre presentes. El equilibrio depende de una reciprocidad general entre los factores de todo el sistema social. Cada subsistema debe obtener cierto respaldo de los sistemas contiguos, y este respaldo dista de ser automático: depende de que el subsistema pueda brindar a los sistemas contiguos las disponibilidades que ellos necesitan. Si un sector o institución no puede reunir las disponibilidades que necesita para seguir operando, su producción sufrirá un traspié. Si su producción decae, también decaen sus aportes a los demás sistemas, que se sienten engañados y la vez lo privan de sus productos. No sólo estalla un conflicto entre los diversos subsistemas sino también dentro de cada uno de ellos. Los conflictos que Parsons describía tan a menudo en su obra temprana se pueden reconceptualizar en términos de intercambio. La educación, por ejemplo, se puede ver como un producto que va de L a A y G. Los niños aprenden valores apropiados, entran en el mercado laboral (el límite entre L y las organizaciones de A y G) y eventualmente adoptan posiciones adultas de responsabilidad organizativa. Sin embargo, cuanto más diferenciadas y autónomas sean las instituciones de L, A y G, más larga y dificultosa será esta transición desde la socialización hasta la posición adulta. Los factores procedentes de familias y escuelas siguen siendo cruciales, pero más difíciles de producir.

Las fuerzas producidas por cada subsistema del modelo de intercambio a menudo se ejercen de manera "invisible". Las normas que produce L, por ejemplo, no son cosas concretas que la gente enfrenta conscientemente, y los "problemas organizativos" (producto de G) que enfrenta un grupo no siempre están concretamente encarnados en una persona o Estado real. Pero Parsons sugiere que estas fuerzas subsistémicas cobran a menudo una forma muy concreta y específica, y denomina "medios generalizados de in-

tercambio"² a las formas concretas de los productos subsistémicos. El medio para el subsistema de adaptación es el dinero, para el alcance de metas el sistema de poder, para el sistema integrador la influencia, y para el mantenimiento de patrones los compromisos de valor. Cada uno de estos medios es una sanción o recompensa concreta; es esgrimido por personas e instituciones que intentan obtener resultados en su interacción con otros. Los Estados y los políticos esgrimen el poder para que las personas acepten sus metas, las empresas y empresarios usan el dinero para obtener cooperación, las universidades e Iglesias invocan valores consagrados (como Dios o la racionalidad) para obtener adherentes, los representantes de los grupos solidarios usan la influencia para que la gente se una a ellos.

Detrás de cada medio, por cierto, se encuentra el proceso de intercambio. En el curso de una acción particular, los individuos, grupos o instituciones "representan" un subsistema particular; actúan en su propio interés dentro de los confines del intercambio. Esgrimen un medio con la esperanza de cambiar una parte por los medios propios de subsistemas contiguos; al hacerlo, aspiran a ganar los "factores de producción" necesarios para producir más de los propios. ¡Basta con escuchar las apelaciones de una emisora pública de radio o televisión durante una campaña de recaudación de fondos para saber qué clase de regateo involucra aun el uso de un medio tan subjetivo como los compromisos de valor! Invocando ideales culturales y explotando sentimientos de culpa, los recaudadores tratan de "trocar" algunos de los compromisos de valor de la emisora por los factores más condicionales necesarios para que la emisora continúe produciendo. Para seguir produciendo el medio valor, necesita más dinero, poder y organización, y respaldo solidario de la comunidad.

Como consideraba que los medios estaban atrapados en las vicisitudes del intercambio, Parsons conceptualizó la forma de cada medio de manera flexible. Consideraba que cada medio tenía una suerte de doble personalidad. Por una parte, puede ser generalizada y simbólica, una forma que se corresponde con la aceptación ajena sobre la base de la confianza. Los billetes de dólar, por ejemplo, son un mero símbolo de bienes y servicios, pero la gente acepta este frágil papel a cambio de bienes reales porque confía en su valor promisorio. Dicho medio tiene un status "generalizado": es una cosa general que sustituye una amplia gama de bienes específicos. Pero esta forma generalizada y simbólica no se mantiene automáticamente; su "sistema de respaldo", el sistema de "producción" económica, tiene que funcionar bien. ¿Por qué? Porque los "bienes reales" tienen que estar allí cuando el consumidor decida "hacer valer" la promesa del medio generalizado.

Si el sistema productivo de respaldo sufre traspiés, si la gente se entera de que el dinero no se puede cambiar por bienes reales, deja de aceptar el

² "On the Concept of Influence" (1963), págs. 353-382, y "On the Concept of Political Power" (1963), págs. 297-354, en Parsons, *Sociological Theory and Modern Society*; "On the Concept of Value Commitments" (1968), en Parsons, *Politics and Social Structure* (Nueva York: Free Press, 1969), págs. 439-472.

producto de la producción económica en su forma simbólica. No exige promesas generalizadas sino bienes concretos. Parsons dice que esta forma concreta es la "base" del medio. Aunque cada medio consiste en base y símbolo, los sistemas sociales funcionan con menos fricciones si la forma simbólica cuenta con amplia aceptación. Si todos los actores económicos pidieran bienes reales a cambio de servicios, regresaríamos a la economía del trueque. Ese intercambio restringido minaría la división del trabajo y eventualmente la riqueza de la sociedad. Los bancos serían eliminados, por ejemplo, porque la gente no confiaría en el simbolismo de los billetes, y sin bancos sería imposible reunir capital para la producción en gran escala. Una sociedad no recurre a la base y al trueque por mera arbitrariedad. Sólo se demanda la forma "base" y se reduce la generalización cuando un sistema social empieza a deteriorarse y la producción se resiente. Esta demanda contribuye al círculo vicioso de desconfianza que vuelve mucho más difícil la producción.

La dinámica que he descrito para el dinero se aplica también a los otros medios. La influencia, recordarán ustedes, es el medio del sistema integrador, cuyo "producto" consiste en normas y solidaridad. En su forma generalizada, la influencia funciona porque una persona confía en que quien esgrime la influencia es "realmente" quien dice que es, que realmente es amigable, es decir, solidario, con los mismos grupos y comunidades a los que pertenece la persona influida. La persona supone, en otras palabras, que el medio simbólico, la influencia, se puede cambiar por algo "real", la solidaridad comunal. Nos dejamos influir porque no intentamos "mirar detrás" de la persona influyente para obligarla a mostrarnos sus lazos solidarios. En cambio, nos dejamos influir por ella a causa de su conducta personal, su sola "presencia".

En este ejemplo veremos cuán eficiente es la influencia mediante su carácter generalizado. La gente influyente puede organizar rápidamente nuevos grupos, reaccionando de manera flexible ante las contingencias. Pero la situación general de la influencia depende de una eficaz "producción" integradora. Si la producción integradora falla, la solidaridad social se deteriora, y la influencia no se acepta con tanta facilidad. En vez de tender a confiar en un extraño como si fuera un amigo potencial, tendemos a ver enemigos potenciales en quienes tratan de ejercer su influencia. En tal caso, intentaremos que "prueben" su solidaridad con nosotros tratando de confirmar sus lazos de manera irrefutable. En situaciones muy inestables donde la integración se ha deteriorado, la gente sólo acepta la influencia de las personas de su región o vecindario, o de su propio grupo religioso, político o étnico. La "base" de la influencia es solidaridad sentida o experimentada. Si el sistema integrador falla y la influencia simbólica es rechazada, el fundamento de la solidaridad experimentada se vuelve tan estrecho que la capacidad para ejercer influencia termina por circunscribirse sólo a lazos familiares y sanguíneos. Esto introduce un "sistema de trueque" para la influencia que vuelve casi imposible la formación de asociaciones más amplias.

De todos los medios del sistema social, el poder es el que más llama la atención de Parsons, y me propongo dedicar el resto de esta clase a su análisis

del poder. Pero hay otra razón para mi decisión, pues el tema del poder también brinda una comparación concentrada de las fases intermedia y tardía de la obra de Parsons. Cuando Parsons comenta el poder y su "producción", continúa en otra forma su anterior análisis de los procesos de asignación. Si analizamos su tratamiento tardío del poder, pues, podremos ofrecer una evaluación final de los méritos y flaquezas de su obra tardía.

Parsons enfatiza que el poder tiene dos niveles. Su base, lo que Parsons denomina su "persuasor intrínseco", es la fuerza simple y pura. El Estado, con su monopolio de la coerción física, o un individuo con superioridad física, pueden lograr que otras personas hagan lo que ellos no desean hacer. Pero aunque ésta es una forma del poder, Parsons subraya que no es la única. Como sabemos por su obra anterior, Parsons cree que los sistemas sociales funcionan mucho mejor si las personas quieren hacer lo que deben hacer. El poder posee este componente voluntario en su forma generalizada y simbólica. Las gentes están dispuestas a hacer aquello que el poder tiene capacidad objetiva para obligarles a hacer, siempre que crean en la legitimidad de dicho poder. Si el poder es legítimo, las gentes confían en él, y si confían seguirán las órdenes de actores poderosos sin exigir pruebas de su control real.

Esta es la esencia del último modelo parsoniano del poder como medio de intercambio generalizado. Pero el poder opera como elemento generalizado sólo dentro de requisitos empíricos concretos, pues la naturaleza del sistema social real en que funciona es lo que determina los recursos que el sistema de poder puede utilizar y los intercambios que conduce. Es característico de Parsons que para tratar estas consideraciones más empíricas examine los Estados Unidos de posguerra. El mejor ejemplo de este trabajo se encuentra en su artículo "La 'votación' y el equilibrio del sistema político norteamericano".³ En la detallada teorización de este ensayo, Parsons satisface brillantemente su ambición analítica de construir una teoría postutilitarista y su ambición ideológica de comprender cómo se pueden sostener socialmente la razón y la individualidad. En este ensayo también encontramos los defectos típicos de la teorización de Parsons, su tendencia a enfatizar lo normativo sobre los aspectos materiales del modelo, y su inclinación a pintar el sistema norteamericano como la concreción de toda meta ideológica progresista.

Parsons conserva, desde luego, su modelo del poder como producto de un proceso de producción multidimensional. El poder, la capacidad para alcanzar metas (G), es el producto de factores procedentes de la adaptación, la integración y el mantenimiento de patrones. El liderazgo político es la capacidad para combinar estos ingredientes en metas sistémicas efectivas. El poder necesita disponibilidades económicas (A), legitimación cultural (L), lealtad y respaldo (I). Para ser generalizado, para ser legítimo, el poder necesita productos de cada una de dichas fuentes. Para recibir tales productos

³ Parsons, "Voting" and the Equilibrium of the American Political System" (1959), en Parsons, *Politics and Social Structure*, págs. 223-263.

necesita dar a la vez productos valiosos. El proceso parece circular, y la idea es que lo sea. La "salud" del poder — si permanece simbólico y generalizado — depende de la eficacia del intercambio, y viceversa.

El ensayo de Parsons se concentra en la votación, en el aporte a la producción de poder desde el subsistema de integración. Para que el poder sea generalizado, debe recibir respaldo solidario. El intercambio G-I funciona así: grupos solidarios del público ofrecen respaldo y lealtad a la clase política a cambio de liderazgo. En una democracia, cree Parsons, el aspecto más crucial del respaldo es la votación o, por decirlo de otro modo, la votación es el acto por el cual se encauza políticamente la solidaridad. ¿Por qué la votación implica necesariamente la generalización del respaldo? En una sociedad numerosa y compleja un líder no puede representar cada uno de los intereses de sus votantes. El votante no puede "trocar" su poder; no puede actuar de manera instrumentalmente racional, guiado por el lema "Te doy mi voto y a cambio me das lo que quiero". Cuando votamos por alguien, entendemos que eventualmente nuestros intereses instrumentalmente racionales quedarán satisfechos, pero puede llevar un largo tiempo y entretanto es muy posible que sólo se satisfagan intereses generales e indirectos para nosotros. Si esto es un hecho de la vida política moderna, y Parsons cree que lo es, el votante debe generalizar su respaldo a aquello que el candidato "representa". El votante debe otorgar su confianza a un dirigente que cuenta con aceptación general. Esta confianza, sumada en millones de votos, es un aporte a la producción de poder que legitima al funcionario electo. Si el poder es legítimo, será aceptado aunque los intereses específicos del votante no resulten satisfechos en el corto plazo.

Este proceso de razonamiento está presentado de modo totalmente abstracto, desde el punto de vista, por así decirlo, del sistema social. ¿Pero cómo acontece, en un sentido concreto y específicamente empírico, la generalización que produce el voto? En la explicación de Parsons podemos ver la habitual confrontación con el utilitarismo, con la cual inició su carrera. Ante todo señala que el votante no puede actuar de manera totalmente racional. El votante debe examinar cuestiones que son demasiado complejas para que él las entienda empíricamente; aun los expertos que han examinado dichas cuestiones disienten acerca de su significado. La imposibilidad de ejercer una racionalidad absoluta significa que las interpretaciones de los votantes individuales estarán guiadas inevitablemente por pautas normativas. Parsons lo expresa de este modo: "Cuando no es posible una decisión racional, pero al mismo tiempo existe la presión para abrazar un compromiso, tiene que haber un conjunto estable de puntos de referencia para que las creencias puedan dar sentido al compromiso y la gente se pueda sentir 'cómoda' al respecto".⁴

Votar es pues un acto de fe, un acto presuntamente racional que en realidad es guiado por compromisos normativos que preceden al acto mismo. Desde esta crítica al enfoque utilitarista de la acción, Parsons pasa al

problema del orden. Las referencias normativas de la votación, sugiere, están arraigadas en estructuras subjetivas estables, los agrupamientos solidarios que son producto del subsistema integrador. En vez de "¿Para qué?", la pregunta que guía el voto de una persona es "¿Con quién?" El grupo más estable con quien votan las personas es su propia familia, y las estadísticas revelan que la mayoría de los miembros de una familia votan por lo mismo. Así, con proposiciones empíricas acerca de la votación, Parsons reformula la crítica al individualismo utilitarista que había hecho en *La estructura de la acción social*.

¿Cómo hace el proceso político de una sociedad democrática para transferir al voto, y eventualmente al candidato, la solidaridad generada por la familia? Parsons cree que existe una secuencia de grupos solidarios, grupos que "piden prestada" solidaridad de la familia primordial y a la vez la extienden. La solidaridad se extiende desde la familia a grupos primarios informales, como redes de amistad y camarillas, y de allí a agrupamientos étnicos, religiosos, laborales, de clase y regionales. Estas comunidades solidarias se valen de la sensación de "pertenencia conjunta" experimentada en la vida familiar y extienden esta sensación al candidato político.

El mecanismo crucial para imprimir a esta red solidaria un rumbo político es el partido. Los partidos son intermediarios entre la solidaridad y el poder, pues son tanto grupos solidarios como ámbitos para las luchas de poder entre candidatos en pos del poder objetivo. La mera pertenencia a un partido político concentra la solidaridad en un aspecto agudamente político, aunque este compromiso permanece en un nivel tan general que por sí mismo no puede decidir la naturaleza de ningún voto particular. Los aspectos culturales de la campaña política del partido son los que brindan una focalización más específica, centrada en el candidato. El "estilo" de la campaña — la atmósfera, más que las piezas de la maquinaria — es lo que extiende la solidaridad hacia los candidatos y resulta decisivo para la determinación del voto. A través de las campañas, la solidaridad generalizada que se extiende desde la familia hasta los partidos políticos a través de grupos mediadores se asocia con promesas políticas generalizadas como "eficiencia", "impuestos justos", "recorte de gastos gubernamentales" y demás. Estas promesas se aceptan a causa de la influencia, porque son generadas por figuras políticas que para el votante parecen representativas de grupos familiares solidarios. Una vez que el candidato es elegido, este compromiso normativo con los problemas generalizados se convierte en fundamento de la legitimidad, para mantener el carácter generalizado del medio político.

Sin embargo, aunque un candidato gane, es muy posible que no pueda producir poder generalizado. Mecanismos específicamente políticos pueden neutralizar los aportes de confianza política. Mucho depende, por ejemplo, de la naturaleza de los partidos políticos. Si hay muchos partidos pequeños, en vez de un par de partidos grandes, la solidaridad invertida en los votos individuales no se puede extender sin fricciones hasta el candidato victorioso. Los partidos pequeños deben formar coaliciones, y el candidato electo nunca cuenta con la plena confianza de las facciones que no le pertenecen. Como no existe plena generalización y confianza, las facciones de la

⁴ Parsons, "Voting", pág. 218.

coalicción se apresuran a exigir la satisfacción de intereses específicos, el pago inmediato de los "pagarés". Al candidato de la coalición se le puede negar la posibilidad de ejercer un verdadero liderazgo, que consiste en impulsar el país en nuevos rumbos que aún no han sido concebidos. Esto es malo para el país porque le resta posibilidades de alcanzar sus metas colectivas. También es malo para la gestión del dirigente, que resultará inestable. Como el dirigente no puede satisfacer todos los intereses al mismo tiempo, sus seguidores se frustrarán; le quitarán el espacio a la primera oportunidad. Esta pérdida de generalización causa, en palabras de Parsons, un poder "desinflado". El dirigente cuyo poder está desinflado tendrá que regatear y hacer trueques para alcanzar sus metas. A veces se verá obligado a valer-se de la fuerza bruta. La deflación a través de exigencias puntillosas no es exclusiva, por cierto, de los gobiernos de coalición. También presenta un peligro para los candidatos elegidos por una coalición informal cuyos miembros no sienten verdadera solidaridad.

Pero aunque el poder sea plenamente "legítimo", aunque las personas que votan por el candidato hayan generalizado su respaldo, queda un problema significativo. ¿Qué pasa con los perdedores? Se han quedado sin poder alguno, excepto el poder que poseen indirectamente como miembros del sistema social para quienes se realizan las actividades destinadas a alcanzar metas, es decir, su poder como ciudadanos. Recordemos que, aunque Parsons se concentra en la solidaridad, la votación es un medio para asignar y distribuir disponibilidades escasas. El valor de los bienes distribuidos vuelve muy importante comprender qué fuerzas podrían conducir a los perdedores a permanecer: en el sistema en lugar de abandonarlo para fundar el propio. Obviamente, tiene que haber ciertos fundamentos para el consenso y el acuerdo fuera del sistema partidario, más allá de los problemas que los partidos han vuelto visibles y decisivos para adueñarse del poder.

El modelo de sistema social de Parsons, con su insistencia en los intercambios multidimensionales, nos prepara para considerar que todos los aportes al poder, tanto subjetivos como objetivos, son significativos para crear un acuerdo suprapartidario. Sin embargo, él señala ante todo el papel suprapartidario de los problemas normativos y solidarios. Estas fuentes de acuerdo, observa, pueden provenir desde "arriba" y "abajo" del partido, así como desde el interior del partido mismo. Primero, tiene que haber un consenso normativo acerca de las reglas políticas y un acuerdo cultural acerca de los problemas políticos centrales. La primera cuestión alude a las proverbiales "reglas de juego". Todos los partidos deben reconocer la existencia de reglas acerca de procedimientos de selección política, reglas acerca de cómo dirigir las campañas, cuántos votos se requieren para ser elegido, cuánta autoridad se transfiere y demás. Si se aceptan tales reglas, y la lucha por el poder sigue sus propios términos, los perdedores tienen que aceptar que el poder del ganador es legítimo y acordarle cierta medida de generalización. Estas reglas de juego, desde luego, están inscritas en las constituciones, complejos conjuntos de reglas que rigen no sólo las elecciones sino toda la gama de las interacciones políticas y sociales. En el trasfondo de estas reglas de procedimiento y estas constituciones, sin embargo, se yergue

Parsons, "un marco común ... de definición cognitiva de la situación".⁵ Parsons alude aquí a la necesidad de una cultura política común. Dado tal entendimiento común, habrá cierto acuerdo, allende las líneas partidarias, acerca de las características de los candidatos, los criterios principales para juzgar su desempeño, los problemas cruciales que enfrenta la sociedad política. Dichas percepciones comunes sirven para consolar e integrar a los perdedores.

Pero también debe haber un extenso acuerdo "debajo" del partido. Para describirlo, Parsons alude al concepto de lealtades transversales. Los perdedores de una campaña permanecen integrados si pertenecen a grupos solidarios no políticos que incluyen a miembros de los otros partidos políticos importantes. Las sociedades modernas tienden a producir tales solidaridades transversales porque su complejidad vuelve casi imposible todo alineamiento político puro. En asociaciones voluntarias, grupos de vecinos, asociaciones laborales, nos encontramos con toda clase de personas, muchas de las cuales tienen filiaciones políticas muy diferentes. Parsons sugiere que esta solidaridad superpuesta conduce a sentimientos de solidaridad con miembros de otros partidos y a cierto grado de confianza no política en el candidato que eligen.

Por último, existe un factor mundano que Parsons cita para explicar la integración de los perdedores al sistema político. Se trata del simple problema de la alternancia. Si alguien sabe que nunca se le permitirá volver al poder, es menos probable que respalde al candidato que lo derrotó. Si sabe que tendrá otra oportunidad, es más probable que dé cierto respiro al candidato electo.

Aquí Parsons ha comentado problemas que surgen de la "distribución" del poder, aun cuando se haya asegurado su "producción" eficaz. A su juicio, en las sociedades muy divididas surgen serios problemas distributivos. Las divisiones tajantes significan que los perdedores (1) quizá no compartan consenso suprapartidario en las reglas o la cultura, (2) quizá no tengan lazos transversales, (3) quizá no tengan la oportunidad institucional de volver al poder. Si volvemos al análisis de la Alemania prenazí, veremos que éstas son precisamente las causas de inestabilidad que señalaba Parsons; su trabajo posterior, pues, produce una reelaboración conceptual de esta teorización temprana pero no presenta alejamientos empíricos o presuposicionales fundamentales.

Espero que ustedes convengan en que en sus últimos trabajos Parsons produjo un marco analítico intrincado y a menudo convincente, y que además este modelo de intercambio se puede especificar de manera empírica. Aun así, en esta especificación empírica asoman los problemas típicos de la teorización de Parsons, problemas que aun en estos minutos finales de comentario sobre su obra no podemos dejar de explorar. Son los mismos que antes observamos en su periodo intermedio y, antes de eso, en *La estructura de la acción social*: un énfasis excesivo en lo normativo, la ecuación del

⁵ Parsons, "Voting", pág. 222.

control normativo con el mantenimiento del equilibrio empírico y finalmente, la ecuación del equilibrio normativo con la realización de una buena sociedad.

Aunque el poder es obviamente uno de los principales medios de asignación social, Parsons está menos interesado en la producción y distribución de poder que en los problemas que estos procesos plantean a la integración. Parsons, desde luego, escribe acerca de la producción de poder, pero sólo le interesa la faceta de producción, el aporte I, que se relaciona con la integración normativa. Se centra casi exclusivamente en el respaldo solidario al poder y el problema de su generalización. Recordemos que la generalización de un medio implica para Parsons la relación con valores comunes que él considera decisivos para la integración social. Notemos cuán similar es esta ambigüedad a las lagunas que antes descubrimos en el tratamiento de las recompensas. Aunque Parsons se refería nominalmente a las recompensas como elementos de asignación —relacionadas, pues, con la producción eficiente de dinero y poder—, las trataba más en cuanto a su capacidad, en cuanto portadoras de prestigio, para hacer pesar valores sobre el poder político y económico. En otras palabras, también en ese caso los aspectos centrales de la asignación y la producción se abordaban como manifestaciones de exigencias de integración.

Ello no equivale a decir que el tratamiento normativo de la producción política carezca de importancia. Por el contrario, es vital e interesante. Pero este tratamiento se resiente porque Parsons no tiene en cuenta otros aportes más condicionales a la producción de poder, como la cuestión crucial del acceso del poder al dinero y su incidencia en la producción de eficiencia y coerción. Más aun, Parsons aborda el aporte solidario de un modo que adolece de un supuesto empírico cuestionable: con optimismo, describe este aporte como si dependiera del consenso y pasa por alto que a menudo está articulado sobre la distribución desigual de bienes ideales y materiales. En la medida en que típicas bases de la solidaridad como la clase, la raza, la región y la religión involucren desigualdad, habrá más de una "línea" de solidaridad extendida. Claro que en cada caso debe existir una secuencia solidaria extendida desde la familia hasta una asociación mayor y de allí al voto político, pero en la medida en que exista desigualdad, esta secuencia acontece en líneas separadas. Si esto es verdad, el respaldo solidario a los candidatos será causa de desconfianza y conflicto y no de orden y acuerdo. A causa de esas divergentes líneas de respaldo, los partidos políticos de muchos países "especifican" la solidaridad de modos fundamentalmente conflictivos.

Asimismo, la fuerza de los arreglos materiales y la fragmentación entre y dentro de los subsistemas empíricos puede minar el consenso que construye procesos que según Parsons enfrentan problemas de distribución desigual. La desigualdad y la discriminación debilitan el resorte de un grupo dominado hacia reglas de juego comunes y definiciones comunes de la situación. También vuelve menos probable que los ganadores políticos permitan el regreso al poder de los partidos derrotados. Aunque Parsons ha omitido estas posibilidades empíricas, es precisamente su modelo analítico mul-

dimensional el que nos permite explorarlas. Una vez más enfrentamos la paradoja que acecha en toda su obra.

Sin embargo, el reduccionismo analítico de Parsons es sólo un elemento de esta paradoja; también hay un reduccionismo moral o ideológico. Parsons emprendió su gran esfuerzo de construcción de un sistema para demostrar no sólo que la razón dependía de procesos no racionales sino que, en una sociedad moderna, los procesos no racionales podían constituir el fundamento de una acción razonable de definición más amplia. Deseaba demostrar que el fracaso del individualismo analítico no significaba que la individualidad no se pudiera sostener de una manera supraindividual, más "societaria". En sus primeros ensayos empíricos este aspecto moral de su vocación ejerce una gran influencia. Aun en su obra posterior —por ejemplo, el ensayo sobre educación— la atención explícitamente moral sigue en pie, aunque a menudo el mérito social de la individualidad y la racionalidad se expone con simplismo. Sin embargo, en buena parte de su obra posterior, como indica el análisis del voto, Parsons pierde de vista su ambición ideológica crítica. Tras demostrar que la votación racional en sentido utilitarista es imposible, deja de lado la cuestión de la racionalidad sustantiva. Pero sin duda, dentro de los confines de la complejidad y la determinación cultural, la cuestión de la relativa racionalidad de los votos sigue siendo significativa. Las sociedades pueden hacer mucho para aumentar la educación y la percepción de sus votantes, para mantener su racionalidad en un sentido no reduccionista. Lo mismo puede decirse respecto del argumento de Parsons contra la teoría individualista, el cual sugiere que los dirigentes políticos no pueden dar cuenta de sus actos de manera directa. Se puede conceder la verdad de esta proposición y sin embargo seguir creyendo que son viables ciertos esfuerzos para incrementar la rendición de cuentas por parte de los políticos. Las leyes que exigen revisión parlamentaria de los actos presidenciales o aumentan el acceso público a la información son ejemplos de estructuras institucionales que pueden dar basamento a tales esfuerzos.

Por último, en el trabajo tardío de Parsons sobre política hay una perturbadora y —a la luz de sus primeros trabajos— asombrosa falta de preocupación por el relativo universalismo o particularismo de la cultura política en sí misma. Concedemos que el grado de cultura común es central para la estabilidad y la inestabilidad. Sin embargo, una vez que se alcanza la estabilidad, la moralidad del Estado permanece en duda. No se trata sólo de que la cultura sea compartida y consensual sino de que sea universalista, lo cual decide si el sistema político puede sostener la libertad individual y dar margen al cuestionamiento racional de la autoridad política.

La ironía de la obra tardía de Parsons es manifiesta. Aunque cada vez tiene más éxito en su esfuerzo de identificar las condiciones sociales dentro de las cuales se puede alcanzar la razón y la individualidad, cada vez le entusiasma menos la ideología crítica que permitiría institucionalizarlas. Ello no significa que Parsons abandone sus intereses democráticos, sino que en el optimismo del mundo de posguerra se convenció (tal como una vez le ocurrió a Hegel) de que la razón y la individualidad se estaban realizando en el sistema político de su propio país. Menos consciente de la distancia entre

lo ideal y lo real, prefirió describir este sistema antes que evaluar las posibilidades de criticarlo y trascenderlo.

Las consecuencias de esta doble reducción fueron fatales. La última teorización de Parsons no sólo resultó menos estimulante sino mucho más vulnerable a los ataques. Una vez que flaqueó el prestigio hegemónico de la sociedad norteamericana, una vez que el encanto del mundo de posguerra empezó a disiparse, el compromiso de Parsons con "el Siglo Norteamericano" lo hizo parecer ideológicamente obsoleto a ojos de muchos. Se emprendió un ataque moralista contra su obra, un ataque que podía sostenerse sobre genuinos problemas de explicación. Inevitablemente, en el afán de montar sus críticas, los teóricos antiparsonianos oscurecieron los verdaderos méritos ideológicos y explicativos de la obra de Parsons.

7

La revuelta contra la síntesis parsoniana

Desde luego Parsons no fue el único teórico sociológico importante de la posguerra. En Francia, George Gurvitch siguió un influyente programa fenomenológico y Raymond Aron desarrolló una sociología política weberiana del mundo moderno. Los críticos sociales de la preguerra, como Theodor Adorno y Max Horkheimer, continuaron siendo influyentes en Alemania, y C. Wright Mills emprendió investigaciones empíricas de estos temas críticos en los Estados Unidos de la década de 1950. Robert Merton, ex alumno de Parsons, presentó una serie de formulaciones teóricas sobre el poder que tenían un alcance más empírico.

Sin embargo, parece indudable que Parsons fue el más importante teórico de la posguerra. Había razones "sociales", o extrínsecas, para este relativo predominio, y las detallaré más adelante. Pero también había razones intrínsecas, intelectuales. Ningún teórico de ese período igualó los alcances de la obra de Parsons, el carácter fundamental de sus preocupaciones, la complejidad de su análisis ni el rigor con que lo llevó a cabo. Tampoco había otros intentos de gran teoría tan centralmente informados por, y dirigidos a, centros de investigación empírica en sociología. Pero sea cual fuere la explicación científica o institucional, la hegemonía teórica de Parsons es un dato empírico innegable. En la sociología de posguerra, su trabajo se convirtió en una referencia teórica central. Ahora intentaremos comprender cómo llegó a su fin este período de posguerra, qué le siguió y por qué.

Aunque la preeminencia de Parsons duró hasta mediados de la década de 1960, las semillas de la rebelión contra las teorías parsonianas o "funcionalistas" ya estaban sembradas a fines de la década anterior. La historia de la caída de Parsons, sus razones y las posibilidades teóricas que surgieron constituirán el tema del resto de estas clases. Sólo contando esta historia con todo lujo de detalles se puede comprender la verdadera historia de la teoría sociológica desde la Segunda Guerra Mundial. Más aun, sólo así podemos ganar una perspectiva teórica para ensayar las posibilidades de la teoría sociológica en la actualidad. Esta preocupación es a mi entender la única justificación real de una empresa de orden histórico. Para ver hacia dónde vamos desde aquí, debemos ver cómo llegamos.

Durante mi análisis de Parsons insistí en que había importantes motivos ideológicos para la creación de su teoría e importantes razones ideológicas para su éxito. Esto no disminuye de ningún modo la significación intelectual de la teoría. Tan sólo subraya un elemento que señalé al principio de